
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Frank Caudett
TERAPIA DE SHOCK




Selección TERROR

Frank Caudett

# TERAPIA DE SHOCK


SELECCION
TERROR

**FRANK CAUDETT**

# TERAPIA DE SHOCK

Colección SELECCION TERROR n.° 521
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

516 — *Horror a la vista.* Ada Coretii.

517 — Los colmillos del diablo. Joseph Berna.

518 — *El precio de un alma.* Clark Carrados.

519 — Brindo por ti, muerte. Ada Coretti.

520 — Slmposium del horror. Adam Surray.

ISBN 84 02 02506 4 Depósito legal: B 107-1983

Impreso en España Printed ¡n Spatn

1.a edición: febrero, 3983

2.a edición en América: agosto. 1983



Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Vallés (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1983

**Saturday. 23 september; 1982**

Primera página de *Los Angeles Sun,* del día de la fecha, a cuatro columnas:

¡RICHARD WALDEN MUERTO EN TRAGICO ACCIDENTE!

«La noticia ha saltado en el teletipo a primeras horas de esta madrugada.

»Sobre las cuatro horas, aproximadamente, y cuando regresaba de San Diego hacia su residencia en Santa Mónica, el coche conducido por el multimillonario Richard Walden perdió el control en una curva, sin que hasta el momento se conozcan con exactitud Jas causas, cayendo en vertical por un precipicio de más de 1.700 metros de altura. El vehículo —un formidable bólido biplaza, metalizado en rojo, importado de Alemania Oriental, marca Melkus RS-1000— fue impactando en los salientes y aristas rocosas destrozándose en su caída para llegar al fondo convertido en una tea alucinante, que, al parecer, explotó instantes después.

»EI fundador y propietario de la cadena más popular de electrodomésticos y electrotecnia del continente, la famosa Electrotecnical Walden ha dicho adiós a la vida, trágicamente, a los 56 años de edad.

»Parece ser que le acompañaba en el viaje su secretaria particular, la señorita Katharine Newman, cuyo cuerpo, también carbonizado, ha podido ser identificado al igual que el de Richard, por los anillos y alguna otra joya propiedad de la infortunada

»La noticia ha causado profundo pesar y hondo estupor en los altos estratos de la sociedad californiana y la estadounidense en general, dadas las múltiples relaciones establecidas por el multimillonario en su dilatada trayectoria profesional y también en la humana.

«Informaciones de ultísima hora parecen apuntar el hecho de que en el seno de la familia Walden reina una tremenda

confusión, un inquietante desasosiego, porque se da |a circunstancia de que los allegados a Richard ignoraban el repentino Maje a San Diego, la naturaleza del mismo., y la presencia junto a él de la señorita Newman.

«Fuentes cercanas a los Walden insinúan la posibilidad de que en los últimos tiempos las relaciones entre Richard y su esposa Laura Hagman se hubiesen deteriorado considerablemente y el multimillonario hubiera buscado un mejor y más afectivo e intimo trato en la perdona y compañía de Katharine.

«Richard Walden contrajo matrimonio en segundas nupcias con Laura Hagman a la que llevaba unos 15 años, en Nueva York, febrero de 1975. Al parecer el millonario en uno de sus frecuentes viajes, a la ciudad de los rascacielos —donde había nacido— vio actuar a Laura en una representación teatral del Broadway y. repentinamente enamorado de ella, decidió casarse al día siguiente.

«Dicha boda creó en su momento muchos problemas en el seno de la familia, especialmente por parte de la hija de Richard. Sheila Walden. que vio con muy malos ojos la decisión de su padre y acogió como la de una intrusa la presencia de Laura en el ámbito de los Walden.

«Cuando esas asperezas parecían haberse limado y Sheila daba un mejor trato a su madrastra, fue Richard, como a apuntábamos antes, quien empezó a distanciarse de su segunda esposa.

«Richard Walden, que había comenzado de la nada, como simple peón especializado en una fábrica de artículos de electricidad, escaló peldaño a peldaño la montana de la fortuna hasta alcanzar la privilegiada posición social y económica de que gozaba en la actualidad...»

El artículo seguía glosando la tremenda escalada profesional realizada por Walden. un don nadie, un muerto de hambre que apenas si sabia trazar la «O» con un canuto, que había llegado a disfrutar de una de las fortunas más saneadas del país y a ser la segunda de California, donde se había instalado Walden. a los 21 años, recién llegado de Nueva York, dispuesto a sacarle a la vida todo cuanto ésta le hubiese negado hasta entonces.

Se hablaba también del fabuloso palacio que Walden había construido para su familia a unas 15 millas al norte de Santa Mónica

en un desvío de la carretera que unía aquélla con Santa Bárbara, auténtica admiración de propios y extraños por su condición de pequeña ciudad en plena «selva», empobreciendo las astronómicas y sofisticadas residencias que por aquellos parajes se habían hecho levantar más de uno y dos actores y actrices famosos del emporio de Hollywood.

Finalmente, decía el escrito:

> «Una vez concluidas las diligencias judiciales con respecto a la identificación de los cadáveres y recogidos los restos de los mismos, el entierro de Richard Walden tendrá lugar, mañana a las nueve de la mañana en el cementerio privado de la dinastía y dentro de la más estríela intimidad familiar.
>
> »Parece ser que por expreso deseo de la hija del finado. Sheila Walden, será prohibido el acceso al recinto mortuorio de cualquier medio de información —prensa, radio o TV—, a fin y efecto de que sea respetada al máximo la intimidad familiar a que hemos aludido en el párrafo precedente.
>
> »Pese a ello —me refiero *a* la traba impuesta a nuestra labor informativa— hacemos llegar nuestro sentido pésame a todos los familiares del difunto, nos solidarizamos con su dolor y hacemos patente nuestro ruego ferviente por el eterno descanso del alma de Richard Walden.»

Firmaba el artículo: *Carrie Ford*

# PROLOGO

El palacete de los Walden era digno de verse.

La imaginación, allí, se quedaba corta.

De película, si.

Los terrenos propiedad de la dinastía comenzaban en el desvío situado 15 millas al norte de la carretera Los Angeles-Santa Mónica-Santa Bárbara, en el interior de una zona de agreste vegetación.

En plena jungla, podía decirse.

Varios letreros ubicados en puntos estratégicos y de perfectísima visibilidad, luminosos por las noches unos, fosforescentes y reflectantes los otros, anunciaban oportunamente que aquello era propiedad privada.

Se advertía también la presencia de un equipo de seguridad compuesto por hombres armados y se dejaba bien claro a los posibles visitantes subrepticios, o simplemente incómodos que tratasen de pasar desapercibidos, la existencia de un circuito cerrado de TV con cámaras ocultas que cubrían palmo a palmo la propiedad de los Walden. ¡Ah!, y no se omitía el hecho, para alertar también a los furtivos, de la existencia de sectores electrificados a bajo voltaje, debidamente señalizados, pero debidamente... peligrosos también.

Tras avanzar como tres millas y media por aquella selva supercontrolada, cribada mejor dicho, por los sistemas de seguridad establecidos por el difunto Richard Walden, se asomaba al núcleo habitado del lugar. Entre enormes arbustos y frondosa vegetación de salvajes características, con tiras de yedra y madreselva que trepaban voluptuosamente por su fachada, erguíase la mole pétrea de un auténtico y genuino castillo feudal. Con sus almenas, torreones y su impronta del medievo, con su puente levadizo inclusive, fijo en posición de descenso.

Aquella insólita y enorme construcción que debía ocupar un área aproximada de diez mil metros cuadrados estaba rodeada, en

principio, por una interminable sucesión de pilones cónicos de piedra unidos entre si por una cadena de gruesos y sólidos eslabones que se cerraba en torno a la argolla sobresaliente en lo alto de cada pilón. Como quince metros por detrás de aquel artístico entorno de piedra y de hierro, se levantaba un muro pétreo de ochenta centímetros complementado por una verja que triplicaba la altitud del anterior y se culminaba en especie de acudas lanzas que en sucesión continuada volteaban el fantástico monumento medieval.

En la parte frontal de la verja se abrían dos gigantescas compuertas de hierro rematadas por un escudo heráldico y tras ellas se iniciaba una amplia avenida enarenada, a la que servían de flanco arbustos, cuadros de césped y flores, parterres y setos, que iban a morir en una gran rotonda abierta frente al puente levadizo que daba acceso definitivo al castillo.

En el centro de la rotonda, escoltadas por columnatas de distintos estilos arquitectónicos, entre los que predominaban el jónico y el dórico, había cuatro magníficas y camarinas fuentes.

Al otro lado del puente levadizo se iniciaba la vida de la dinastía Walden... que tenía en el interior de aquel aparente reducto de la mesa redonda todos los adelantos y comodidades que la ciencia y la técnica habían puesto hasta aquel momento al servicio del hombre.

Piscinas, tres. Caballerizas. Campos de tenis, otros tres. Un semiestadio para la práctica del fútbol, un campo de golf, un pequeño hipódromo y así sucesivamente hasta culminar un largo etcétera.

Por detrás del castillo y engarzando una de sus salidas posteriores, se iniciaba un estrecho sendero que tras perderse entre árboles y díscola vegetación, desembocaba en la entrada del reducto póstumo de los Walden.

El cementerio privado de la dinastía.

Una verdadera maravilla arquitectónica también.

Con mausoleos, sepulturas para la servidumbre inclusive, panteones, cripta y una preciosa capilla de estilo gótico.

Allí, en aquel preciso instante y en medio de un sobrecogedor silencio e íntimo recogimiento, el sacerdote católico de la Compañía de Jesús y confesor de la familia, padre Delfín Anderson, se disponía a celebrar la misa de *corpore insepulto* por el definitivo descanso de

Richard Walden.

El oficiante, revestido con alba y estola de color morado y capa pluvial del mismo color, salió a recibir el féretro a la puerta de la capilla y tras asperjarlo, pronunció:

—El Señor esté con vosotros.

A lo que contestaron los concurrentes:

—Y con tu espíritu.

—Oremos prosiguió el religioso Escucha en tu bondad. Señor, nuestras súplicas que imploramos por tu siervo a quien has llamado de este mundo: dígnate llevarlo al lugar de la luz y de la paz para que tenga parte en la asamblea de tus santos. Por Jesucristo nuestro Señor

—Amén.

Fue introducido entonces el ataúd en la capilla a hombros de miembros del equipo de seguridad, al tiempo que el reverendo Anderson entonaba este responso:

—Recibe. Señor. Dios nuestro, el alma de este difunto, por quien has derramado tu sangre. Acuérdate, Señor, de que somos polvo, de que el hombre es como hierba y flor del campo.

Luego, el jesuita se dirigió al altar mientras los miembros de la familia y servidumbre se acomodaban en absoluto silencio, con reverente respeto, en los bancos del recinto.

El auditorio, desde luego, era mínimo: Sheila y Stuart Walden hijos del finado, Laura Hagman su esposa, Rodney Walden su hermano y consejero privado del fallecido en cuestiones de negocios y finanzas... Mary Anne, la jovencísima ama de llaves del palacete. Kirpatrick el mayordomo y Suiko, la excelente cocinera japonesa que Richard se trajera en uno de sus viajes a Tokio.

Pese a lo intimo y estricto de la ceremonia se ponía de manifiesto una vez más la innata elegancia y la clase señorial de Laura Harman, una mujer que había saltado al estrellato desde los tablados del Broadway, con el burlesque primero y con algunos papeles dramáticos después, a la que Richard había exhibido orgullosamente en los primeros tiempos de su matrimonio.

Laura lucia sobre su cuerpo delicado de finos pero evidentes

encantos una blusa de muselina negra enteramente plisada y bordada en pasamanería en la parte delantera con falda que jugaba a la perfección.

Sheila, más anárquica, mucho más joven también, claro, se había limitado a encasquetarse un jersey cisne de color violáceo que ceñía obsesivamente sus pechos violentos y agresivos, ajustando a sus caderas pronunciadas y mórbidas un vaquero negro que recortaba con crudeza escandalosa sus prominencias excitantes.

Los hombres, menos sofisticados y menos vulgares también en relación a una y otra mujer, lucían ternos negros. La servidumbre se había etiquetado con discreción de acuerdo con su rango.

El jesuita celebró el Santo oficio y posteriormente, ahora a hombros de familiares y sirvientes, el ataúd fue trasladado junto al panteón donde iba a ser inhumado.

Allí, el padre Delfín Anderson, con el ritual de exequias en sus manos, murmuró:

—Según la costumbre cristiana daremos sepultura al cuerpo de nuestro hermano Richard. Oremos con fe, a Dios, para quien toda criatura vive. Este cuerpo que enterramos ahora en debilidad pidamos que Dios lo resucite en fortaleza y lo agregue a la asamblea de sus elegidos Que el Señor sea misericordioso con nuestro hermano para que, libre de la muerte, absuelto de sus culpas, reconciliado con el Padre y llevado sobre los hombros del buen Pastor, merezca gozar de la perenne alegría de los santos en el séquito del Rey eterno.

Estaban todos, orando en silencio, cuando Sheila, disimuladamente, dio un codazo a su hermano que mostraba una expresión sombría, severa, taciturna... y hasta diñase que ausente.

Stuart, como regresando precipitadamente de muy lejos, inquirió:

—¿Qué ocurre, Sheila?

La explosiva rubita alzó la cabeza señalando hacia un punto determinado y dijo:

Allí, Stuart. Detrás del núcleo de arbustos situado junto al panteón blanco... ¡Hay un tipo sacando fotos!

Stuart Walden, rojo de ira y crispadas sus facciones en un rictus de

odio, ame el asombro de todos, abandonó el grupo corriendo como una exhalación hacia el punto señalado por su hermana.

Cazó al furtivo fotógrafo casi de improviso.

—¡Maldito hijo de perra! —rugió.

Y sin que el reportero gráfico que tan aventureramente había desafiado, y lo que era más incomprensible, salvado, los estrictos dispositivos de seguridad que rodeaban el palacete de los Walden, tuviese opción a la defensa, le atizo un derechazo en pleno rostro que le catapultó atrás impactándole contra el tronco de un grueso árbol.

Stuart le siguió. Sin darle tregua ni respiro, con furor homicida reflejado en sus pupilas, le machacó el hígado en contundente uno-dos que hizo doblarse al fotógrafo, cazándole por último con un rodillazo en el estrábico semblante que se lo inundó de sangre a causa de la fractura del tabique nasal, obligándole además, tras una arcada agónica, a escupir liquido rojo y un par de dientes.

Cuando se disponía a iniciar una acometida casi asesina, llegaron junto al hijo del difunto uno de los guardias de seguridad y su tío Rodney Walden. Este, exclamó:

—¡Por Cristo. Stuart! ¿Es que te has vuelto loco?

—¡Son unos canallas! ¡Unos hijos de mala madre! ¿Es que no pueden respetar el dolor y la intimidad de una familia? ¿Es que no pueden dejar enterrar en paz a mi padre?

—Tienes razón... Pero tampoco es para que te pongas de esta manera. ¡Has estado en un tris de matar a ese muchacho!

Stuart Walden, percatándose entonces de la cámara caída en tierra, saltó sobre ella con ambos pies, pisoteándola, machacándola, reduciéndola a pedazos.

Rodney Walden dijo al guardia de seguridad:

—Lleven al muchacho a un hospital. Todos los gastos por cuenta nuestra. ¡Ah!, ni una palabra con respecto a este incidente, ¿entendidos?

—Como usted ordene, señor Walden. Ahora mismo nos ocuparemos de él. Podemos decir que ha sufrido un... *accidente*... al introducirse en la propiedad sin respetar los avisos, ¿le parece?

—Si, si, está bien —admitió Rodney. Y tomando a su sobrino por un brazo, susurró—: Por favor. Stuart, regresemos. La ceremonia se ha interrumpido.

Obedeció y ambos se integraron al grupo reunido para dedicar a Richard Walden el postrer adiós.

El jesuita, como si nada hubiese sucedido, aguardó a que los de la funeraria descendieran el féretro hasta el interior del panteón y antes de que éste fuese definitivamente lacrado, oró:

—En tus manos. Padre de bondad, encomendamos el alma de nuestro hermano Richard; nos sostiene la esperanza de que resucitará con Cristo en el último día con todos los que en Cristo han muerto. Te damos gracias. Señor, por los beneficios derramados sobre tu siervo en su vida mortal, signos de tu bondad y manifestación de la comunión de tus santos. Escucha nuestras oraciones. Dios de misericordia, para que se abran a tu siervo las puertas del paraíso, y nosotros, los que aún permanecemos en este mundo, nos consolemos mutuamente con palabras de fe hasta que salgamos lodos al encuentro de Cristo, y así con nuestro hermano Richard, gocemos de tu presencia. Por Jesucristo nuestro Señor.

—Amén.

—Descansa en paz, Richard —dijo, finalmente, el sacerdote.

Laura Hagman, viuda de Walden, avanzó unos pasos hasta el panteón y dejó caer sobre el féretro un ramo de rosas rojas.

Inclinando la cabeza, apretados los carnosos labios hasta casi componer con ellos una línea recta, clavados sus ojos color almendra en el ataúd de caoba que contenía los despojos de Richard Walden, murmuró, rechinándole los dientes y sin que nadie pudiera oírla:

—¡Vete al infierno, bastardo de mierda! ¿Adúltero! Yo me quedo para seguir disfrutando de la vida... ¡Basura!

El padre Andersen se le acercó, cogiéndola suavemente por el brazo. Dijo:

—Resignación cristiana, hija mía. Resignación. Ahora... ha empezado a vivir.

—Intento... —fingió un perfecto sollozo—, intento resignarme, padre. ¡Pero no puedo!

El jesuita la apartó con firmeza del linde del pantalón.

—Rezaremos por él. Laura.

—Si, rezaremos… —y bajando la voz hasta convertirla sólo en pensamiento, se dijo—: Rezaremos para que viva esa vida que usted dice.

Los de la funeraria, con movimientos lentos y maquinales procedieron a sellar el sepulcro.

# CAPITULO PRIMERO

—He de escapar... —musitó como si de una oración fúnebre se tratara.

Sin fuerza.

Sin el aire necesario para que aquellas palabras nacidas en su mente cobraran vida en la garganta y ésta las expulsase a través de los labios.

—He de escapar... —repitió, monótono. Stuart Walden.

—*¿Escapar...?* —repitió también aquella voz profunda, hueca, metálica, proveniente de una dimensión espectral, cuyo registro identificaba Stuart con el de su padre—. *¿Escapar... de qué?*

—De ti... ¡Sé que quieres hablarme pero yo no quiero escucharte!

—Soy yo, Stuart... ¡soy tu padre!

—¡No, no! ¡MIL VECES NO! Tú... tú eres fruto de mi imaginación. Eres un espejismo que fluye de esa extraña vorágine que amenaza con envolverme.

—No niegues la evidencia. Stuart. La vorágine soy yo, la muerte soy yo. TU PADRE... tu padre que quiere volver, ¡que quiere escapar a la región sombría donde cruelmente he sido enviado!

—Tú... tú mismo, papá, te has buscado la muerte. ¡Tú que ibas con esa ramera! ¡Tú que me habías hablado siempre de Dios, de la castidad, del amor y de la fe...! ¡Tú que has pecado y has muerto en pecado! ¡Te condenarás, si, te condenarás! ¡Por muchas oraciones que entonemos por tu alma, por mucho que le pidamos a Dios por ti... TE CONDENARAS! ¡Aunque el padre Anderson se pase el resto de su vida rezando por ti... aunque cubra tu memoria de exequias. TE CONDENARAS!

Aquella voz que llegaba de ultratumba, emergió ahora con un matiz lastimero, desesperado:

—¿Por qué me hablas así, Stuart? ¿Por qué condenas a tu padre? ¿Por qué quieres que me sumerja para siempre en los confines rojizos del infierno? Stuart... ¿tanto me odias que así me hablas?

Stuart Walden soltó un sonoro respingo, brincó de la cama y gritó como loco:

—¡NOOOOOOOO! ¡YO NO ESTOY HABLANDO CON NADIE! ¡CON NADIEEEEEE!

Se pasó una mano por la sudorosa frente creyendo recoger pedazos de hielo adheridos a los surcos de la piel. Se restregó los ojos desesperadamente y miró, atónito, aterrado, a su alrededor.

—¿Quién… quién está ahí? ¿Quién…? ¡Que conteste quien sea, por Dios!

Silencio.

Total y absoluto silencio.

La estancia, sumida en tinieblas que apenas si taladraban los débiles rayos de luna que lograban filtrarse con timidez por entre los vaporosos visillos que cubrían los ventanales, no podía ofrecer respuesta a la propia soledad.

—¿Qué… qué es lo que me está sucediendo? Tengo… tengo la mente espesa, turbia… ¿Por qué? Y… la vorágine? ¿Qué significa esa maldita espiral que me enturbia todavía más, que me confunde…? Los muertos… ¡los muertos no hablan! ¡Los muertos no vuelven!

Un crujido suave, parecido al de la seda al retorcerse, pobló el silencio inundando ámbito del dormitorio de Stuart Walden.

Craaaaaack…

Luego, acto seguido, el chirrido espeluznante de los goznes de la puerta, como impelidos por una mano espectral, huesosa… ¿No serían los huesos quienes chirriaban y no las bisagras?

Ññññññick…

Stuart Walden, aterrado, despavorido, se llevó ambas manos al rostro.

Y brincando de nuevo para saltar a tierra corriendo hacia uno de los ventanales en cuyo alféizar se encaramó con ademanes de poseso, dejó huir de su garganta un estridente y afilado:

—¡NOOOOOOO! ¡LOS MUERTOS NO… NO VUELVEEEEEEEN!

La puerta, ahora, se abrió de par en par.

El muchacho hizo intento de salvar el alféizar y salir al vacío.

—¡Stuart...! ¡Stuart, por Dios! ¡Detente! ¡Stuart...! —suplicaba más que gritaba la voz femenina—. ¡Stuart, soy yo, yo... SOY MARY ANNE!

Con un pie al otro lado de la ventana y una expresión estúpida pintada en sus facciones, Stuart detuvo su acción.

Miró a la ama de llaves, envuelta en su blanco y sugerente camisón, en su excitante camisón que permitía el desboque acelerado de sus pechos firmes y túrgidos cabalgando a la grupo del nerviosismo... La miró como si no la conociera.

Sin el deseo y la pasión con que la miraba de ordinario.

Sin la lujuria que aquella hembra le inspiraba.

—Mary Anne... —musitó con un hilo de voz—. ¿Mary Anne?

La muchacha de pródigos y ardientes encantos corrió junto al hombre rodeando su cintura con ambos brazos.

—¡Stuart, Stuart..., mi vida! ¿Es que no me conoces?

Walden parpadeó. Y como si por fin volviera a la realidad, dijo:

—Mary Ann. ¿Qué sucede? ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás aquí? ¡El cuerpo de mi padre todavía está caliente...! ¿Y tú ya quieres...?

—¡Stuart, por Dios! ¿Crees que estoy loca? He venido a causa de los gritos que proferías.

—¿Gritos...? ¿Yo...?

—Estarías soñando —razonó la ama de llaves. Matizando—: La muerte de tu padre te ha producido un pequeño shock, Stuart. Seguro que has tenido una pesadilla. ¿No recuerdas nada?

Movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Mary Anne. Y perdona por lo que te he dicho antes. Tengo el cerebro terriblemente confundido. No sé... no sé lo que me ocurre. Es como si una fuerza extraña y misteriosa se hubiese apoderado de mi y...

Mary Anne alzó sus dedos cálidos en cuyas yemas ardientes parecía golpear con fuerza su sangre, depositándolos sobre la boca del hombre.

Como sellando sus labios.

Como si no quisiera oír lo que él le estaba diciendo.

Y susurró:

—Olvídalo, mi vida, olvídate de todo. No ocurre nada. Nada de veras.

—¿Estás segura, Mary Anne?

—¡Sí. sí, amor mío! —exclamó la muchacha con cierto nerviosismo —. Estoy segura. Ha sido un maquiavelismo de tu imaginación… ¡Una mala jugada de tus nervios! Te has sumido en un profundo sueño y has tenido una terrible pesadilla. Pero ahora ya está. Todo ha pasado, amor. Tranquilízate, te lo ruego. No existe ninguna fuerza misteriosa ni nada por el estilo…, ¿eh?

Movió la cabeza, con lentitud, afirmando

—Si tú lo dices… —dijo en tono muy quedo.

—¿Quieres que te prepare una infusión. Stuart?

—Bueno… ¿Se ha despertado alguien más en la casa?

—No, cariño. ¡Por eso yo he venido corriendo! Papa evitar que nadie se apercibiese de tus gritos y de tu inquietud. ¿Me… quieres todavía, amor?

—Sé que te necesito…

—Me sobra con ello, Stuart. Anda… —tiró de él aferrando de nuevo su cintura—, vamos a la cama. Tiéndete… —le ayudó a hacerlo—. Yo voy a la cocina a prepararte una tila con manzanilla. La infusión te ayudará a dormir y veras como mañana te levantas nuevo. ¿De acuerdo, cariño?

—Si, sí… Gracias. Mary Anne. Eres demasiado buena conmigo. Sé que no te merezco.

—Por favor, Stuart…



Y lo besó apasionadamente en los labios.

—...te amo, Stuart...

Volvió a incrustar la suya, voraz, en la boca masculina.

—...nunca he querido a un hombre como te quiero a ti. Haría lo que fuese con tal de que nunca te apartases de mi.

—Pero yo hago muy poco en favor de ese cariño. Mary Anne. Sólo te poseo cuando me apetece sin preocuparme de... Un nuevo ósculo para silenciarlo. Y anunció la hembra: —Soy feliz siendo tuya cuando me deseas. No puedo aspirar a que me des tu apellido y como lo sé, lo acepto. Desde que me enamoré de ti he comprendido perfectamente aquello de que el amor es renuncia. Stuart. El día que elijas esposa... yo. mi vida, seguiré sumisa a ti. No me importará ser *la otra,* ser tu amante. Me entregaré del mismo modo que ahora, gozarás de mi cuerpo cuando te apetezca...

Aquellas palabras, filtrándose de un modo insensible pero sólido y perceptible entre los instintos de Stuart Walden... confundiendo todavía más su aturdido cerebro, le llevaron a pensar que en el sexo podía estar ahora, en aquel momento, la panacea que le ayudara a zafarse a la extraña vorágine que como una resaca seguía ocupando su mente y, al compás de cada letra, se fue excitando...

Las yemas de sus dedos rasgaron por entre el camisón buscando los tibios pezones de Mary Anne para retozarlos y luego, con creciente pasión, las palmas de sus manos se apoderaron de los pechos ígneos, susurrando:

—Tus palabras y tus pechos candentes me enloquecen. Mary Anne. Te deseo como nunca. Ven...

Trató de auparla sobre la cama, pero ella, un tanto cruel y un mucho provocativa, dejándole hacer primero, recogió sus senos después dentro del voluptuoso camisón portador de una enorme carga de lubricidad, musitando:

—No. mi vida... te lo suplico, hoy no. *El*... aún está caliente. Respetemos por unos días su reposo eterno. Voy a prepararte esas yerbas...

Y se apartó del lecho.

—Mary Anne...

—Vuelve en seguida, mi amor.

* * *

Encendió el quemador de butano para calentar agua.

Mientras, abrió una de las alacenas de la cocina donde se alineaban varios tarros de cristal con etiqueta que anunciaba su contenido, seleccionando los botes que correspondían a la tila y manzanilla.

Luego, despacio, con dedos levemente trémulos, sacó una diminuta llavecita que llevaba metida entre el clástico de la braguita y su piel bronceada, que le sirvió para abrir un menudo cajoncito de los varios que había en la parte inferior de la alacena y extrajo un frasco con tapón cuentagotas, exento de etiqueta.

Lo dejó sobre el mármol de la cocina mientras aguardaba que el agua acabara de calentarse.

Alguien, a su espalda, desgranó:

—Buenas noches, Mary Anne. ¿Cómo va todo, pequeña?

Primero zozobró a impacto del sobresalto.

Luego, al conjuro de la voz, fue un espasmo de vivo terror el que recorrió toda su ardiente anatomía haciéndola estremecer viva y perceptiblemente.

Sin atreverse a girar la cabeza, dijo:

—Bien… todo va bien. Como usted dijo…

—Supongo que sigues mis instrucciones al pie de la letra, ¿no?

—¡Sí, si, por supuesto! Tal como usted me ordenó he vertido unas gotas de esa pócima —señaló el frasco cuenta gotas sin etiqueta— en la sopa y él ya ha tenido una pesadilla…

—O la primera realidad, Mary Anne ¿Quién sabe?

—¡Por Dios…!

—¿Te atreves a nombrar a Dios, ramera?

—¡No me llames…!

—¿Que no te llame... *qué?* —la atajó la voz con acento sardónico, vibrante, estremecedor—. Tú no tienes más nombre que ése: RAMERA. Te acostabas con Richard, te acuestas con Stuart y Kirpatrick... Cómo se les llama a las que calientan la cama de varios machos, ¿eh, puerca? Y además, has estado robando durante mucho tiempo buena parte del presupuesto mensual, ¿no?

Mary Anne tragó saliva.

Y la voz, abandonando el tema anterior pero con igual entonación de sardónica crueldad, anunció:

—A partir de mañana has de procurar que los periódicos locales. *Los Angeles Sun y California Herald,* estén visibles en lugares de acceso a todos los miembros de la familia... y abiertos por esta página.

Un ejemplar del *California Herald* cayó encima del mármol, justo por debajo de los ojos de la aterrada Mary Anne.

De forma maquinal, instintiva, leyó:

EL "PARAISO” DE LA MENTE

Psyquiatric Center Baltacha-Fundation

»Hemos fabricado un segundo “Paraíso Terrenal” en un lugar inhóspito e inaccesible... un lugar cercano al cielo, donde usted podrá de nuevo encontrarse consigo mismo, un lugar en el que hallará la vida y la salud mental que usted había creído perder *o perdido realmente.*

»Los métodos prodigiosos del eminente doctor en psiquiatría, Dunai Baltacha, hoy a la cabecera de los avances de las técnicas misteriosas de la psyquis humana, invitado a conferencias y convenciones, reconocido por todos sus colegas como el número uno, erudito en psicoanálisis y experto en modernísimas ciencias psíquicas garantizan el retorno al mundo de la lucidez y el equilibrio.

»La TERAPIA DE SHOCK utilizada en el Psyquiatric Center Baltacha-Fundation ha obtenido éxitos clamorosos en un 85% de los enfermos tratados hasta hoy.

»Sin un nivel aceptable de equilibrio físico-psíquico no vale la pena vivir, porque vivir no es vivir... ¡Vuelva a la vida!

»La vida está en Psyquiatric Center Baltacha-Fundation.

»Recuerde, sus problemas tienen solución en nuestro "Paraíso". Estamos a dos mil metros por encima del mundanal e infernal ruido, en la cúpula de las Californian Mountains, entre Escondido y El Centro.

»Piense en usted y piense en los suyos. Hoy, la vida está en el cerebro. Viva esa vida recuperando la cresta lúcida que el mundo le está absorbiendo… *o le ha absorbido ya.*

»No lo olvide: si desea vivir de nuevo, venga a nuestro “Paraíso".»

Cuando hubo terminado la lectura y al tiempo que cerraba la llave del butano puesto que el agua hervía. Mary Anne, susurró como si se preguntara a sí misma:

—¿Eso significa que Stuart…?

—Que Stuart Walden tiene que ir a parar a ese «Paraíso»… *para no salir jamás de él.*

—¡No…!

—¿Quién eres tú para atreverte a opinar, estúpida? ¡Obedece mis instrucciones si no quieres acabar ocupando una de las sepulturas que en el cementerio de este lugar se guardan abiertas para la servidumbre!

Tembló. Y le temblaron las manos mientras preparaba la pócima.

—Si, si…

—A no ser que quieras, también… *volverte loca.*

—¡No!

—Perfecto, pequeña ramera —la voz, ahora, ondulaba en un mar de criminal ironía— perfecto. Súbele ese bebedizo a Stuart y retírate de inmediato a tu aposento. Y no olvides lo que te he dicho con respecto a los periódicos locales.

—No… —ya había preparado la infusión y con el vaso aferrado entre los dedos de la diestra no tuvo más remedio que volverse, encarándose con quien le hablaba—: No lo olvidaré.

—Procúralo, pequeña. Puedo turbar tu cerebro con sólo desearlo, con pensarlo simplemente.

Mary Anne, huyendo a los ojos de aquel ser, salió de la cocina rumbo a la habitación de Stuart Walden.

# CAPITULO II

¿Volvía...?

La vorágine…

¿Volvía...?

Sí...

Formando una espiral intensa, asfixiante, que le iba envolviendo, envolviendo...

¡Y le ahogaba!

¿Ahogaba...?

¡No!

Porque él seguía respirando, ¿verdad?

Sí... Respiraba, ¿verdad?

¿.Estaba vivo, cierto?

Si. si... ¡estaba vivo!

Y toda aquella confusión estaba en su cerebro... porque el algodón de la vorágine, de la espiral... ¿porque aquello blanco, tupido, impenetrable, era algodón, ¿verdad?

Sí, muy tupido. Y muy espeso. Un extraño algodón que se introducía en su cerebro y lo dilataba, dilataba, dilataba... ¡hasta convertir su cabeza en la de un monstruo!

Por lo enorme de su tamaño...

¡Y por las escenas que hasta ella llegaban procedentes de los ojos, de unos ojos dilatados que Tas habían absorbido con brutal voracidad!

¿Dónde... dónde estaba?

¡Aquello era un mundo irreal, fantasmagórico!

No...

¡El no podía vivir allí!

Aquél no era su...

—No, no... éste no es mi mundo...

Era una dimensión de espirales retorcidas de tinieblas, espirales que ya habían dejado de ser blancas como el algo don... densas, cuya oscuridad impenetrable arrullaba el infinito silencio.

Era un mundo de ceguera en el que nada podía escucharse.

Y por él rodaba la mente dormida y atormentada de Stuart... porque su mente estaba dormida y atormentada, ¿no?

¿Y su subconsciente?

¡Era el que estaba despierto, si!

El que percibía con claridad todas aquellas imágenes de angustia y terror.

¿Qué imágenes?

¿Qué imágenes podían captarse en medio de aquella oscuridad alucinante?

Estalló un rayo, un rayo cegador, espectral, diáfano, y luego sobrevino la tormenta.

¡El coche!

¡El coche estaba en medio de la tormenta!

Biplaza, metalizado en rojo... ¡EL MELKUS-RS 1000 DE RICHARD WALDEN!

El que se había hecho traer desde Alemania Oriental.

¿El coche...? ¿No estaba destrozado?

No... ¡Porque corras vertiginosamente tomando las curvas de aquella carretera diabólica a velocidad escalofriante!

—¡Papá, papá... no corras así! ¡Vas a matarte! ¡Papá! ¡No corras de

esa manera!

Pero su padre no le escuchaba.

No quería oírle.

No quería oírle, no.

Y tampoco veía, no le veía... porque los largos cabellos rojos, rojos como el mismo infierno, cíe Katharine Newman, agitados por la ráfaga de viento que se filtraba por las abiertas ventanillas, se esparcían contra el rostro de Richard limitándole considerablemente la visibilidad.

Y él, en lugar de apartarlos, los besaba... ¡besaba aquellas hebras rojizas, como si quisiera beberlas!, mientras la mujer, ebria de felicidad y retozándose con la caricia del viento, reía, reía, reía sin parar como una demente:

—¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Gritando después para exacerbar al hombre:

—¡CORRE, RICHARD. CORRE...! ¡PISA EL ACELERADOR! ¡CORRE MAS. AMOR MIO! ¡VAYAMONOS LEJOS DE AQUI. MUY LEJOS!

Y volvía a estallar en las horrísonas carcajadas:

—¡Ja, ja, ja, ja, ja!

—Vamos a 120 millas por hora, Katharine... —le decía Richard Walden, enfebrecido, sin dejar de sorber sus cabellos rojizos.

—¡Más. Richard, más velocidad! ¡CORRE MAS! ¡CORRE HASTA QUE EL MUNDO QUEDE DETRAS NUESTRO!

Y Richard aumentaba considerablemente la presión que su pie derecho ejercía sobre el pedal del gas, al tiempo que la aguja del cuentamillas daba un peligroso brinco adelante.

El morro metalizado del Melkus-RS 1000, semejando las mandíbulas de un tiburón al hender las aguas del océano en pos de su indefensa víctima, devoraba el asfalto de la carretera, se engullía las curvas con estridente chirrido de las llantas...

Stuart Walden alzó la mano derecha, luego la izquierda, las movió como aspas de molino tratando de romper la espiral y de plantarse

delante del auto para romper su trágica carrera...

—¡Papá, por Dios, no la escuches! ¡Es Satanás...! ¡Es el demonio que quiere llevarte al infierno! ¡NO LA ESCUCHES!

Pero Richard Walden seguía pisando el pedal cada vez más, más, mucho más, mientras decía:

—Voy con gas a fondo, Katharine.

—¡Así, amor mío, así! ¡Vuela...! ¡Esto es una locura maravillosa!

Stuart sintió que gruesos trozos de cáñamo le taponaban la garganta.

Asperos pedazos de cordel que le impedían hablar, gritar, advenirle del inminente peligro de...

LA CURVA...

La curva de trazo inverso.

Quiso gritar y no pudo.

Se desesperó...

LA CURVA...

El bólido rojo entró en ella como una exhalación y...

—¡NOOOOOOO! —pudo, al fin, aullar.

...como si se le quedara pequeña, el deportivo saltó por los aires, describió un círculo sobre su propio eje y se fue al vacio como absorbido por una succión tan potente como misteriosa...

—¡NOOOOOOOOOOO! —siguió bramando, en su delirio. Stuart Walden

...impactando contra un saliente puntiagudo que atravesó la carrocería lo mismo que si se tratara tic una monstruosa aguja de acero.

—¡PARAAAAAAA! —aulló Stuart, saltando despavorido de la cama, echando a correr hacia la puerta del dormitorio.

Y seguía viendo el coche.

Lo tenía delante de sus ojos.

Trazando macabras piruetas en el vacio espectral del abismo. estrellándose en los punzantes acantilados de h derecha, rebotando, para ser ensartado por las de la izquierda, siendo acribillado al unísono por los pétreos salientes de ambos la dos que lo convirtieron en un amasijo de hierros retorcidos, en un muñón de humeante chatarra...

—¡CORRE. RICHARD. CORRE...! ¡CORRE MAS! ¡CORRE HASTA QUE EL MUNDO QUEDE DETRAS NUESTRO! —seguía gritando la diabólica hembra de rojizos cabellos.

Estalló, de pronto, convirtiéndose en una hoguera.

Stuart, que corría escaleras abajo, se detuvo, bruscamente, para taparse los ojos con ambas manos ante el peligro de quedarse ciego por el raudal deslumbrante de chispas escarlatas que herían sus retinas.

Reanudó la desesperada carrera hasta detenerse en el enorme vestíbulo.

Jadeante.

Sin resuello.

Se quitó las manos de los ojos.

De su garganta brotó un crujido que podía identificarse con la onomatopeya de los cuervos.

Si, fue como un graznido.

¿Qué le estaba sucediendo?

Con manos torpes y temblorosas se palpó la chaqueta del pijama dándose cuenta de que la tenía adherida a la piel, solidificada con aquélla, a causa del sudor agónico que empapaba todo su cuerpo.

—¡Dios mío...! ¿Qué me está sucediendo? ¡Lo he visto...! ¡Era real! ¡Lo era...!

Se frotó los ojos desesperadamente y al abrirlos una mueca de estupor se pintó en su rostro lívido, cadavérico, cuyas facciones estaban contraídas como por la garra invisible del terror.

Porque allí, en mitad del vestíbulo… ¡estaba el biplaza metalizado en rojo, el Melkus-KS-IOOO que su padre importara de Alemania Oriental!

—¡No, Dios del cielo, no! ¡ME ESTOY VOLVIENDO LOCÓ!

Con una mano convertida en tenaza alrededor de la propia garganta, apretando de un modo inconsciente como si pretendiera estrangular el tremendo pánico que le dominaba, avanzó muy despacio, avanzó… hacia el vehículo que incomprensiblemente se hallaba estacionado en pleno vestíbulo.

La imagen… no desaparecía, no.

El coche seguía allí. Inmóvil. Metalizado en rojo.

Extendió la mano que segundos antes aprisionaba su cuello y las yemas se deslizaron por encima de la metalizada carrocería.

Era… ¡ERA REAL!

—¡NOOOOO! ¡ESTO NO PUEDE SER! ¡ME ESTOY VOLVIENDO LOCO! ¡LOCOOOOO!

Y de pronto, como si el coche fuera un enemigo en potencia, el enemigo a batir, Stuart Walden, con las facciones desencajadas y los ojos estrábicos, bailándole al borde de las órbitas .. *¿se lió a puñetazos con el vehículo!*

—¡Maldito! —rugía, jadeante—. ¡Mil veces maldito! ¡Te voy a destrozar otra vez! ¡Te voy a destrozar para siempre!

Y seguía machacando la carrocería cual si fuese insensible al dolor.

Los nudillos le sangraban profusamente.

—¡Stuuuuuuuart!

La voz restalló en sus oídos como el aullido de un lobo.

—¡Stuuuuuuart!

Se detuvo, ebrio de pánico y demencia, con un sonoro respingo en los labios.

—¡Eh…! —exclamó, perdida la mirada, absurda la expresión—. ¿Quién anda ahí? ¿Quién…! ¿QUIEN ESTA AHI?

—¡Stuuuuuuart! —pudo oír, nítidamente, por tercera vez.

Envarado, rígido como un poste, arqueando las cejas con un rictus estúpido, graznó:

—¡Papá...! ¿Eres tú? Eres tú... ¿verdad?

—¡Stuuuuuuart!

—Si, claro, ¡eres tú! Pero ¿dónde estás?

Y sin esperar respuesta, exclamó él mismo:

—¡EN LA TUMBA!

Y salió disparado bacía la puerta eludiendo la silueta roja cuya carrocería había estado golpeando absurdamente, para dejar atrás el vestíbulo, cruzar como una exhalación el puente levadizo, partir la rotonda en diagonal y enfilar finalmente uno de los senderos? sumido a aquellas horas en un manto inescrutable de i ¡nieblas, que conducían hasta el cementerio privado de la dinastía Walden.

Hasta que en su loca carrera asomó por los aledaños del camposanto, hasta entonces, no pareció darse cuenta Stuart Walden de lo que estaba haciendo... hasta entonces, como si regresara a la realidad, no volvió a sentir vivo pánico.

Angustia asfixiante...

TERROR INFINITO.

Se detuvo, balanceándose en la puntera de los pies desnudos como un ebrio pretendiendo controlar la borrachera, frente al arco que daba paso a la necrópolis.

Y permaneció así, muy quieto, muy vacio, por espacio de segundos que se le antojaron como el transcurrir de siglos.

El viento batía las agudas copas de los cipreses, ululando siniestramente por entre ellos.

Algo viscoso aleteó muy cerca de su rostro y Stuart pegó un brinco para eludir las alas del murciélago.

—¡Bicho repugnante! — exclamó. Y como tratando de obtener noción de los hechos, se preguntó—: ¿Qué estoy haciendo aquí?

Sintió un agudo dolor en los nudillos por primera vez, y al contemplarlos, sorprendido, sangrantes, volvió a interrogarse: —¿Qué os lo que me está sucediendo? ¡Es... sangre! ¡Dios mío! ¡Dios mío, te lo ruego! ¿Qué me ha pasado?

Ahora no fue el ulular del viento, no...

—¡Stuuuuuuuart!

Fue como el aullido de un alma en pena.

—¿Papá...? ¿Eres tú?

—¡Stuuuuuuuart!

El registro vocal nacía muy cerca del punto donde se hallaba el muchacho.

Stuart, comprendiéndolo así, decidido, reanudó el avance.

Se introdujo en la necrópolis caminando con paso firme, seguro, hacia el panteón...

Al cruzar frente a la puerta de la capilla, sus ojos, acostumbrados ya a la oscuridad, distinguieron perfectamente el panteón donde los restos mortales de su padre habían recibido sepultura aquella mañana.

El panteón, si.

¡Que estaba abierto!

¡Que tenía la losa de mármol corrida hacia la izquierda!

—¡Stuuuuuuuart!

Y lo vio.

Ahora lo vio perfectamente.

Lo pudo distinguir con toda nitidez.

Su padre.

Su padre era quien estaba sentado en el filo abierto del panteón.

Y le sonreía...

RICHARD WALDEN LE SONREIA CON MEZCLA DE IRONIA Y CINISMO.

Con rictus evidente de burla espectral.

—¡Stuuuuuuuart!

Y seguía sonriéndole con los labios entreabiertos, le sonreía con todas y cada una de las facciones de su rostro…

DE SU ROSTRO…

Que era lo único humano que a los ojos de su hijo exhibía Richard Walden.

Porque debajo del rostro..

Sólo había un esqueleto blanco, calcinado, de huesos relucientes y castañeteantes que emitían un macabro tintineo.

—¡Papá! ¿Qué sucede? ¿Por qué me haces todo eso?

—Tengo que hablarte. Stuart. Pero no puedo.

—¿Por qué? —y avanzó un par de pasos.

—Porque me está permitido pronunciar pocas palabras en lenguaje humano. Stuart. Tienes que buscar a alguien que entienda la dialéctica de los muertos. ¡Tienes que buscar a esa persona. Stuart! Necesito dialogar contigo… ¡He de explicarte muchas cosas!

—¿Qué cosas, papá?

—No puedo ahora. Stuart… —el esqueleto con cabeza humana se movió en el dintel de la sepultura—. Déjame que te abrace para despedirme. Y vuelve cuando encuentres a esa persona. Ahora… —iniciaba el avance hacia Stuart.

El muchacho, horrorizado al ver moverse el esqueleto, saltó atrás.

Crispado.

Con los ojos vacíos y la expresión aterrada.

—¡No… no te muevas de ahí!

—¡Stuuuuuuuart! ¿No quieres abrazarme?

Aquello era el límite.

Aquello era una cristalización diabólica.

Aquello era el fin de la razón.

—¡NOOOOOOOOO! —aulló.

Aquello era la locura.

LA LOCURA. SI.

—¡ESTOY LOCO! ¡LOCOOOOOOO!

Y consiguiendo al fin zafarse al pánico que le mantenía inmóvil, giró, en redondo, echando a correr con las manos en cruz bramando como un alucinado, repitiendo una y otra vez que estaba loco...

Hasta que se tropezó con aquel cuerpo que acababa de surgir de las tupidas tinieblas del camposanto.

El aullido que entonces brotó de la garganta de Stuart Walden no fue humano.

Ni tan siquiera animal.

Fue *algo* que taladró el silencio como un cuchillo espectral, desgarrador.

—¡Señorito Stuart...! —gritó Kirpatrick, el mayordomo, recogiendo el cuerpo del muchacho cuando se desplomaba como si le hubiese alcanzado un rayo—, ¡Señorito Stuart! ¡Pero...! ¿Qué le ocurre? ¡Vaya, se ha desmayado!

Y con el cuerpo inerme en brazos, Kirpatrick, regresó hacia la casa.

# CAPITULO III

Habían transcurrido, aproximadamente, treinta horas desde que se diera sepultura a los restas de Richard Walden.

Su hermano Rodney, con la misma indumentaria que llevara para las exequias, abatido, pareciendo más cargado de hombros de lo que en realidad era, paseaba, trazando círculos, por el centro de la enorme sala de estar que los Walden habían empleado siempre para las reuniones familiares, fuera cual fuese la motivación de ellas.

Su sobrina Sheila y Laura, la viuda, estaban sentadas en un sofá, a un extremo cada una, contemplando silenciosas las idas y venidas, el incesante girar de Rodney Walden.

Kirpatrick, el mayordomo, muy tieso y severo, como correspondía a su condición de servidumbre, se encontraba de pie muy cerca de la monumental arcada que daba acceso a la estancia.

—¿Y dice usted que le oyó hablar, Kirpatrick? —preguntó Rodney de improviso, girando en redondo para mirar con rectitud al fámulo.

El mayordomo le pegó a la cabeza hacia adelante en franca señal de asentimiento.

—Primero, como ya les he explicado, escuché voces, gritos diría yo, en el vestíbulo. Al despertar de súbito tuve la sensación, primero, de que dos personas se estaban peleando violentamente. Cuando me puse la bata y bajé al vestíbulo ya se encontraba en completo silencio. Preocupado, asomé a la rotonda, creyendo oír voces y gritos apagados. Bastante nervioso y con miedo, ¿para qué lo voy a negar?, me interné por el sendero que conduce al cementerio. ¡Válgame Dios, que estaba aquello oscuro como boca de lobo! Yo no creo en historias truculentas acerca de muertos... pero la verdad es que entre tanta niebla y en la vecindad del cementerio, ¡juro que me vino al pensamiento la figura del señorito Richard! Incluso durante unos instantes tuve la sensación de que estaba allí, *vivo, muy cerca de mi y...*

Sheila Walden se removió inquieta en el fondo del sofá. Con un evidente estremecimiento, exclamó:

—¡Kirpatrick...! Por favor. ¿No puedes ahorrarte esos detalles?

El mayordomo miró a la muchacha. y en los ojos del empleado, grises como el acero, brilló una chispita candente, un algo encendido y extraño, que muy bien podía identificarse como lujuria.

Sheila estaba tan deseable como siempre. Carnalmente era una mujer barata, pero deseable, muy deseable. Con sus pechos de escándalo asomando por la abertura que permitían los dos botones superiores de la blusa por completo desabrochados. Y en las pupilas azul oscuro de la muchacha. Kirpatrick creyó captar también un destello de libídine. El cuerpo pródigo de Sheila, primitivo, rezumando erotismo en cada uno de los quiebros de su abrupta anatomía, tenía al mayordomo en permanente estado de deseo. Pero nunca se había atrevido a insinuarle nada aun sabiendo que ella no daba demasiada importancia al sexo, aun conociendo las tesis de

Sheila al respecto, aún recordando lo que ella le dijera no mucho tiempo ha: *«Cuando hay hambre se come, cuando hay que deponer se depone, cuando hay que hacer el amor se hace... y punto. ¿Qué importancia puede tener el contacto sexual entre das personas?»* Pero Kirpatrick también recordaba aquello que decía: «Del dicho al hecho...»

—Lo siento, señorita Sheila —se disculpó al fin, zafándose a los pensamientos lúbricos que se engendraban en su cerebro con sólo mirar el cuerpo de la muchacha—. No pretendía...

—¡Siga, Kirpatrick, siga! —exclamó Rodney Walden, impaciente—. ¿Qué pasó en el cementerio?

—Bueno... —anunció el mayordomo con cautela, como temiendo hacer firme su «teoría» acerca de los sucesos—, quizá yo estaba un poco nervioso y creí escuchar cosas que sólo estaban en mi imaginación. Ya le he dicho que la oscuridad, el cementerio, el hecho de haber enterrado por la mañana al señorito...

—Se lo preguntaré de otra manera, Kirpatrick —le cortó, contrariado, el hermano del difunto—: *¿Qué es lo que usted CREYO escuchar en el cementerio?*

Kirpatrick tragó saliva. Y dejó que pasaran unos segundos antes de hilvanar:

—Bueno, creí escuchar que Stuart hablaba con... *alguien.*

—¿En el cementerio?

—Sí, si... En el cementerio. Vi, a la luz de la luna, su silueta erguida unos pasos por delante de la puerta de la capilla.

—¿Frente al panteón donde sepultamos a mi hermano?

El mayordomo volvió a tragar saliva.

—Si... —reconoció al fin.

—¿Y con quién podía estar hablando Stuart? —insistió en su interrogatorio Rodney Walden.

Kirpatrick parecía sobrecogido, incómodo.

—Lo ignoro, señor. Lógicamente con nadie.

—¡Pero usted lo oyó hablar!, ¿no?

—¡Sí, por Dios, sí! —estalló, desbordado por el nerviosismo, el mayordomo—. ¡Le oí hablar con su padre!

—¿Quiere decir. Kirpatrick... —volvió a la carga, con expresión morbosa, casi malévola—, *que usted oyó la voz de mi hermano!* —¡Cristo del cielo, señor Walden! ¿Es que quiere usted volverme loco? ¡Yo sólo oí la voz de Stuart y me pareció, por lo que decía. que estaba hablando con su padre!

—¿Qué decía exactamente, Kirpatrick?

—Bueno, yo sólo pude escuchar un fragmento que me resultara coherente; Stuart, dijo: «¡*Papa! ¿Qué sucede? ¿Por qué me haces todo eso?*» Y al cabo de unos segundos, le oí preguntan *«¿Qué cosas, papá?»* Después no escuché nada hasta el instante en que Stuart lanzó aquel grito estremecedor, giró, echando a correr y se tropezó conmigo aullando de una manera que me heló la sangre en las venas.

En aquel preciso instante intervino la viuda de Richard Walden preguntando a su cuñado:

—¿De veras es necesario todo esto, Rodney?

El aludido, antes de contestar, le dijo al mayordomo:

—Puede retirarse, Kirpatrick. Gracias. ¡Ah!, y le ruego que guarde absoluto silencio al respecto, ¿comprende?

—Por supuesto que si, señor. Descuide. Nadie sabrá nada por mi. ¿Desean alguna otra cosa los señores...?

—No. Gracias.

El mayordomo dio media, vuelta saliendo de la estancia.

Fue ahora cuando Rodney Walden avanzó un par de pasos, inclinándose, para mirar fijamente a su cuñada.

Le preguntó, en lugar de responder al anterior interrogante formulado por ella:

—¿Te parece acaso, mi querida cuñada. que disfruto con esta clase de interrogatorios? ¿Insinúas que le doy solaz a mi morbo con este tipo de escenas?

—Eres tú quien lo dice. Rodney, no yo. He apuntado, sólo, que me parecía de mal gusto.

—¡Era necesario! ¡Necesario! ¿Comprendes? ¡Es la salud mental de mi sobrino la que está en juego!

Laura Hagman oteó la testa para echar atrás las hebras de su melena trigueña que le caían sobre una parte del rostro. Enderezó el busto irguiendo sus pechos delicados pero muy atractivos *y* de refinado corte erótico, pareció avanzarlos al insuflar aire con indignación, oscilaron con exquisito vaivén al tiempo que sus magníficas pupilas almendradas chispeaban rabiosas al estrellarse en la faz ajada, arrugada, de nariz aquilina y vulgares rasgos de su cuñado.

Exclamó:

—¡No me levantes la voz. Rodney!

El aludido, haciendo un tremendo esfuerzo para dominar su nerviosismo, su ira, retorciendo los dedos de una mano dentro del cuenco de la otra, expulsó, con voz ronca:

—perdona. Laura... No era mi intención molestarte. Perdona.

—Creo que estamos todos un poco excitados, ¿no os parece? —intervino Sheila, estirando sus piernas de corte grosero pero apetecibles, encima del sofá, rozando con la puntera de los zapatos el vestido de Laura. Agregando—: Mejor será que nos calmemos y luego discutamos lo que haya que discutir ¿Has dicho que* teníamos que reunimos para algo importante... muy importante, tío? ¿De qué se trata?

—Hablaremos de ello más tarde... cuando Stuart esté con nosotros. El es pieza importante en este asunto y la suya, puede ser opinión de peso al respecto. No en vano y de acuerdo con el testamento de mi hermano, su hijo es ahora el cerebro de la Electrotecnical Walden.

—¿Se traía acaso de un problema financiero? —pareció interesarse la viuda.

—Es posible, —dijo Rodney, ambiguo. Añadiendo—: Estoy pendiente, para asegurarlo, de una serie de gestiones y comprobaciones que está llevando a cabo nuestro director contable Farley Bates. No obstante y sea lo que sea. me parece de mucho mayor interés y más preocupante el problema que está planteando

Stuart.

—¿Qué problema plantea Stuart? inquirió, arqueadas las cejas. Sheila Walden.

Rodney Walden largó un exabrupto. Luego:

—¿Te parece normal que una persona vaya al cementerio para hablar con los muertos? Tu hermano «sui sufriendo un shock, un trauma producido por la muerte de Richard... y es nuestra obligación ayudarle antes de que ese desarreglo psíquico pueda pasar a mayores.

—No me parece tan grave... —apuntó la rubita.

—Puede que no... y puede que si —terció la madrastra de Stuart Razonando— Su reacción violenta, furiosa y casi asesina, contra el reportero gráfico. ayer por la mañana... debo deciros con toda sinceridad que me sorprendió de manera tan extraordinaria como desagradable. ¿Cómo lo dina para no ofender a nadie? Me pareció que no era Stuart quien hacia aquello. Por un momento creí que... —Laura se interrumpió llevándose dos dedos a los labios.

Pero Rodney, muy atento a cada una de las silabas pronunciadas por ella, se apresuró a completar

—¿Que... que estaba loco?

Laura no añadió ni una letra más

—¡Por Dios! —exclamó Sheila—. ¿Cómo se os ocurre pensar que... que mi hermano pueda... pueda estar loco?

—Laura se ha referido a *«aquel momento»*. Sheila. Yo pensé lo mismo. Y tú también... ¿no? ¿Crees acaso que negando las evidencias le haces un gran favor a tu hermano?

Movió la cabeza confundida.

—No... No lo sé.

—Stuart necesita atención psiquiátrica... *especial* —sentenció el hermano del fallecido Richard Walden Y a renglón seguido se fue hacia la mesa de centro, cogió el ejemplar del

*California Herald* que descansaba sobre aquélla y lo ofreció a las dos mujeres, abierto por una página determinada, diciendo—: Leed esto, por favor. Quizá pueda ser la solución para Stuart... antes de que

tengamos que lamentar algo mucho más grave.

Laura recogió el periódico y lo situó de forma que pudieran leer las dos.

—¡Rodney! —exclamó la viuda, terminada la lectura—. ¡Eso me parece exagerado!

—Es una institución privada donde le atenderán con medios modernos y en ambiente de discreción... exquisito. Nadie debe saber que Stuart padece una deficiencia mental.

—¿Lo das por sentado, tío? —interrogó, escéptica, la rubia Sheila—. Dónde están los conocimientos sobre la psiquis humana que te permitan efectuar tales aseveraciones, ¿eh?

Rodney Walden hizo otro esfuerzo, como el de antes, para dominar su rabia, su ira y su exaltado nerviosismo. No obstante:

—¡Te abofetearía más a gusto, mocosa mal educada! ¿Insinúas que quiero *encerrar* al hijo de mi hermano en un manicomio?

—Siempre resulta que somos nosotras las que insinuamos, ¿no. tío?

Como si no lo hubiese oído, siguió Rodney Walden:

—Hace un par de horas he hablado telefónicamente con el doctor Gunter Price, subdirector del centro y hombre de confianza del doctor Baltacha. Le he expuesto lo sucedido... Aunque ha reconocido que a distancia y sin ver al paciente se hacía arriesgado emitir un diagnóstico, si me ha asegurado que Stuart necesita inmediata atención psiquiátrica. También ha añadido que no hay que alarmarse, que les sucede lo mismo a muchas personas ante la pérdida irreparable de un ser querido. Sheila, Laura... —la voz de Rodney se tomó grave, severa, absorbiendo la atención y la mirada de las dos mujeres—, es mi sobrino y le quiero; por eso, porque le quiero, he de pensar en lo que es mejor para él. Hemos de pensarlo los tres. Gunter Price me ha significado también que si esa alteración psíquica sigue progresando en la mente de Stuart... —enmudeció de repente.

—¿Que... qué puede ocurrir? —inquirió, irguiéndose como si la hubiera mordido un alacrán en la nuca, Laura Hagman.

—Puede volverse loco. Definitiva e irreparablemente loco.

Sheila hizo lo imposible por ahogar un sollozo.

—¿Y... y rio podríamos darle un margen de tiempo? ¿Una semana para ver si reacciona?

—Una semana, mi querida cuñada, puede ser el periodo definitivo para que la locura prospere de manera irreversible en el cerebro de Stuart. Un par de días si acaso... para tranquilizar vuestras conciencias. La mía está muy tranquila... *porque sé que voy a hacer lo que es mejor para mi sobrino.* ¿Tienes algo que objetar, Sheila?

—No... creo que no. Si el médico te ha dicho eso... Admito que tu decisión puede ser la correcta.

—Rodney dio un giro sobre sí mismo—, aguardaremos un par de días.

* * *

Desde que Richard Walden recibiera sepultura, las manecillas del reloj habían avanzado, minuto arriba, minuto abajo, unas cuarenta horas..

Eran pues, aproximadamente, las seis y media de la tarde...

—Stuart. Stuart. Stuart... —la voz de Mary Anne se disparó como grabada en una cassette. Y agregó un cálido y puntiagudo— ¡Aaaaaah! .Amor! ¡Amor mío! ¡Aaaaaah!

Se crispó en un violento espasmo y sus rodillas, como si tuvieran vida y cerebro propios, independientes del resto de su fogosa naturaleza, se doblaron hacia lo alto a la vez que sus glúteos se elevaban unos centímetros de la cama y su precioso y redondeado culito brincaba como una rana.

Stuart. Stuart. Stuart... ¿Qué me haces, vida? ¡Ooooooh! ¡Un chorro de fuego me corre por la espalda!

Stuart Walden, como si no estuviera muy consciente de lo que hacía ni del porqué, pero sí obrando a impulsos animales. frenéticos, seguía cabalgando sobre la hembra y tratando de inclinar la cabeza para alcanzar con los labios las yemas tórridas, negruzcas, de sus encrespados pezones.

Cuando creía robarlos con la lengua se produjo el fogonazo de un cañón al ser disparado y la mente del muchacho quedó completamente en blanco al igual que sus retinas.

Y aulló:

—¡Mary Anne... MARY ANNE! ¡Qué gusto..., qué delicia! ¡Ahora si...! ¡Ahora sí me vuelvo LOCO!

Y se envaró, acabando por aplastarse contra ella con respiración agitada, jadeante.

Transcurrieron largos minutos en total y absoluto silencio.

Después:

—¿Mary Anne?

—¿Si... amor?

—¿Qué ha sucedido?

—¿Es que no lo sabes. Stuart?

—Memos hecho el amor. sí. Pero ¿y antes?

—Dormías...

—Yo estaba en el cementerio.

—Kirpatrick te encontró allí cuando te desmayaste y te subió a tu habitación.

Se alzó, vivamente nervioso, inquiriendo:

—¿A quién se lo ha dicho?

—A nadie. Sólo a mi. Me llamó luego de tenderte en la cama. Hablé con mi médico por teléfono y me dijo que te diera un par de tabletas de Somatarax... porque necesitabas de un profundo descanso. Has dormido casi un día y medio.

—¿Y los demás? ¿No se han extrañado, Mary Anne?

Ella le besó en la boca al mismo tiempo que le acariciaba con los dedos cerca de la ingle.

—Al principio... —musitó. Agregando—: Pero les he dicho que te sentías muy cansado *y* deseabas dormir. No les ha parecido raro. Hace un rato tío Rodney me ha preguntado por ti. Le he dicho que estabas en la cama y me ha contestado que sobre las siete te

despertara porque tenéis que celebrar una reunión. He subido... y no has hecho más que abrir los ojos cuando has empezado a desnudarme. ¡Cómo me has deseado, mi vida! ¡Me has hecho más feliz que nunca! ¡Ha sido un orgasmo maravilloso! ¿Y tú, Stuart, has estado bien?

—Si... Pero tenía la sensación de que no era yo. ¿Crees que Kirpatrick hablará con alguien de lo del cementerio?

—Me ha dado su palabra de que no —mintió con aplomo Mary Anne. Preguntando—: ¿Por qué no dejas de preocuparte por eso, Stuart?

—Fue horrible, pequeña... ¡horrible! No tengo una visión muy exacta de lo que allí sucedió, pero sé que fue algo espantoso. Creo... *creo que hablé con mi padre.*

—¡Por Dios. Stuart! No digas esas cosas... —la ama de llaves extendió su mano derecha para alcanzar el diminuto reloj de pulsera que había dejado sobre la mesilla de noche. Tras consultar sus manecillas, anunció— ¡Arriba, Stuart! Tienes que arreglarte para asistir a esa reunión que ha convocado tu tío. Animo, amor. No pienses más en todas esas cosas. Tienes que procurar que nadie te note extraño, raro... —se zafó al cuerpo del muchacho para saltar del lecho y vestirse con rapidez. Dijo—: Debo irme. Stuart. ¡Si por aquellas cosas tu hermana o Laura me están buscando...! ¡Lo que faltaría es que se imaginaran..! ¡Dios mío, no quiero ni pensarlo!

—¿Sabes de qué se trata ese conciliábulo familiar, Mary Anne?

—No tengo ni idea. Stuart. Pero me ha parecido ver muy nervioso a tu rio —se acercó al lecho para besar la boca del muchacho y se alejó hacia la puerta, exclamando—: ¡Adiós, cariño! Y ten calma, te lo ruego.

Stuart Walden la vio salir de la estancia sin pronunciar una sola sílaba.

Su cabeza era un hervidero de pensamientos confusos, un maremágnum de desconcierto. Quería esforzarse por ver claro, por saber qué era con exactitud lo que estaba sucediendo y solo conseguía enredar más y más sus ideas, confundir las Imágenes extrañas y horribles que se agrupaban en torno a su retina.

—No tengo más remedio que consultar un médico. Uno que no me conozca. Así podré hablarle con mayor libertad... —musitó,

incorporándose, al tiempo que se encaminaba al armario.

Debía vestirse y asistir a la reunión convocada por su tío. ¿Qué diablos le pasaría a Rodney?

Abrió de un tirón la puerta del armario.

Stuart Walden tuvo la sensación de que una aguja hipa dérmica había rasgado sus tejidos penetrando en la vena para inocularle una enorme dosis de un fluido glacial, helado.

Estaba allí…

Dentro del armario…

¡Con el rostro ensangrentado!

Tumefacto.

Presentando un aspecto horrendo, diabólico…

Aquel líquido helado adquirió, de pronto, la condición ardiente del luego.

—No..

El monosílabo salió por entre sus labios como un rezo fúnebre mientras sus ojos seguían muy fijos, hipnóticamente fijos y desorbitados, en la faz sangrienta, tumefacta y chamuscada. de trazos demoniacos, de expresión estremecedora y demencial..

La faz de Richard Walden

—Tienes que buscar alguien que entienda la dialéctica de los muertos, hijo mío —las fauces del cadáver se movieron al compás de las tétricas palabras—. Necesito dialogar contigo. Stuart. ¡He de explicarte muchas cosas!

—No… —repitió, tembloroso y ausente, como perdida su razón en las sombrías regiones de la demencia—, ¡no puede ser!

El hombre de la tez sangrante y de los ojos rojizos se movió, haciendo ademán de salir del armario y avanzar hacia Stuart. Sus manos se extendieron hacia el muchacho…

—Déjame que te abrace…

Stuart, con las pupilas girando a velocidad alucinante dentro de sus órbitas y permitiendo que asomaran planos blanquecinos de las mismas, logró huir a su abstracción y pegó un brinco atrás.

Bramando hasta que sus cuerdas vocales se convirtieron en nudos que dilataban la piel de la garganta:

—¡NOOOOOOOO! ¡TU ESTAS MUERTO! ¡MUERTOOOOOOOO!

Y salió de la habitación chillando, dando un tremendo portazo que restalló en el interior del palacete lo mismo que un cañón.

—¡SOCORROOOOOOOOO!

Fue a estrellarse contra Sheila, sin reconocerla, cuando la rubita, alarmada por los gritos, había corrido escaleras arriba con dirección al dormitorio de su hermano.

La estrujó, temblando como una hoja, con expresión febril. demente, zozobrando, castañeteándole las mandíbulas y haciendo tintinear los dientes.

—¡Stuart...! ¡Stuart! —exclamó Sheila, sin rehuir el abrazo sino todo lo contrario e intentando calmarle—. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué te ocurre?

Cesaron casi de repente las convulsiones de Stuart Walden al tomar conciencia de que aquella persona era su hermana.

—¡Sheila! *¡EL. está ahí!* ¡Está en mi cuarto!

—¿Quién...? —los ojos azul oscuro de la muchacha estaban muy abiertos. Repitió—: ¿Quién, Stuart? ¿Quién está en tu habitación?

La miró, ahora, como si no la viera.

—EL. ¡Papá!

—¡Cristo de los cielos. Stuart! ¡Eso no es posible!

—¡SI... ESTA! —su extraña expresividad y su forma de hablar evidenciaban que Stuart había perdido el control de su razón. Era como si su cuerpo estuviera allí, pero su cerebro vagara por una región lejana y perdida, hablando desde ella. Agregó—: ¡ESTA! —y tirando de súbito, con violencia, de un brazo de Sheila, la arrastró pasillo arriba hacia su dormitorio—: ¡Ven, hermanita, ven! ¡Verás como *él está!*

Le pegó una patada a la puerta y cruzó el umbral tirando de la chica.

Se detuvo, en seco, a un par de pasos del armario.

La puerta estaba cerrada.

Todo en orden, sí.

Asió el tirador llevándoselo bruscamente hacia él.

—¡Mira...!

Nada.

Nadie.

Sólo lo Que debía contener un armario... *ropa.*

Stuart Walden cayó de rodillas rompiendo en sollozos y llanto lo mismo que si fuera un niño.

Sheila, dominando como pudo la inquietud que la invadía y el nudo de saliva que se apelotonaba en su garganta, se inclinó junto a su desolado hermano comenzando a acariciarle los cabellos.

—¡Estoy loco...! —gimió—. ¡LOCO!

—Calla, por Dios, Stuart. Nervioso... sólo estás nervioso. Levántate, por favor. Me rompe el alma verte así.

Consiguió, no sin dificultades, alzarlo del suelo.

# CAPITULO IV

Farley Bates estaba al filo de los veintidós años.

Un tipo joven, con maneras, que sabía que pedirle a la vida y cómo conseguirlo: con esfuerzo, capacidad de trabajo y sacrificio.

Nadie le discutía esas virtudes o esas razones a Bates.

En vida de Richard Walden, Farley había sido el «protegido» del multimillonario.

Incluso la gente, ya se sabe, había hablado mucho, demasiado y mal. El rumor, lógico, había salido de la misma Electrotecnical Walden. Un chiquito joven que acababa de llegar a la empresa (Farley contaba entonces unos dieciocho), bien parecido, agradable, de impecables maneras, cariñoso, con ganas de labrarse un porvenir... Un tino como Richard, maduro, en el cénit de su longevidad humana y profesional, algo endiosado, harto de todo tipo de placeres... Mariconeo a la vista. La *vox populi* era así de estúpida y desagradable: de envidiosa.

Posteriormente, cuando se fueron aireando los devaneos de Richard a braga quitada, muy en especial su romance con Katharine Newman, las habladurías con respecto a las relaciones Richard-Farley se fueron apagando hasta extinguirse totalmente.

Y Bates, por sus propios medios, por sus merecimientos personales y profesionales, por su sapiencia e interés, había llegado arriba, casi arriba del todo. Hasta donde él se había propuesto. A los veinticuatro años ya ocupaba el cargo de director contable de la Electrotecnical Walden, lo que podía considerarse todo un récord.

Richard le seguía distinguiendo con su amistad y confianza hasta el extremo de ser Farley Bates el único productor de la empresa, dejando a un lado su categoría profesional, que asistía a fiestas y veladas en el singular y millonario palacete de los Walden. Eso le había llevado a trabar amistad con Stuart y también con Sheila.

De ahí, pues, que Farley se moviera con cierta familiaridad en el

seno de la residencia... aunque ahora, en aquel preciso momento, las atribuciones morales que un día le fueron otorgadas por el propio Richard Walden, no parecían ser suficientes como para que el director contable pudiera expresarse con la crudeza que las circunstancias exigían.

Dio otro vistazo al auditorio. Sus ojos castaños de mirar suave saltaron de Laura a Stuart, de éste a Sheila, volvieron a Stuart...

Estaba, evidentemente, incómodo y nervioso.

—Todo esto, máxime después de la inesperada y trágica muerte del señor Walden, crean que se me hace muy difícil. Nunca imaginé que yo tendría que reunirme con ustedes para... ¡es que no sé cómo explicarlo!

—¡Por Dios, Farley! —exclamó a su vez la siempre provocativa y exuberante Sheila—. Nos tienes en vilo.

—Sí, eso es —habló Stuart—. Te agradecería que fueses más concreto, Farley. Creo que tienes la misma confianza que si fueras uno de nosotros, ¿no?

—Gracias... —musitó el director contable—. Gracias, Stuart. Pero si estuvieses en mi lugar...

—¡AI grano, diablos, al grano! —estalló, inquieto, removiéndose en la butaca. Rodney Walden—. ¿O es que vamos a pasarnos aquí toda la noche, Bates? Usted informe y punto.

—Será lo mejor, si. Fuera rodeos y circunloquios pues. La cosa está en que... —la saliva se le anudó en el caño de la garganta. Tras obligarla a correr para aba ¡o. largó, sin más—: Existe un desfalco en la Electrotecnical Walden, según comprobaciones, que asciende a dieciocho millones sesenta mil dólares.

Silencio.

Silencio sepulcral y absoluto.

Porque no era para menos, desde luego.

¡18.060.000 dólares!

Así, como sonaba...

Aunque a juzgar por las expresiones que presentaban los rostros de

quienes estaban allí reunidos, las interpretaciones fueron variadas. Cada uno interpretó las palabras de Farley Bates según su propio criterio y en verso a sus intereses personales o ambiciones particulares.

Sheila pensó, al parecer, que dieciocho millones al lado del volumen total de la empresa, no era demasiado...

Laura, crispada, pensó que en función de aquel desfalco se jodería buena parte del pellizco que le correspondía en la herencia, desde luego...

Stuart, cuya cabeza seguía siendo el nomenclátor del confusionismo, un hervidero de ideas estúpidas y atropelladas, un pozo sin fin de absurdos e irrealidades, admitió que aquello era grave, muy grave. Dieciocho millones de dólares eran muchos millones para desaparecer, así, por las buenas. Pero en aquel momento no se encontraba con facultades para iniciar una tesis o debate al respecto. De momento los números eran fríos y Farley había apuntado cifras concretas...

Rodney parecía el más tranquilo. Incluso, el más satisfecho de todos al saber del dominio familiar aquella engorrosa cuestión. Parecía estar en la inteligencia de que la cuestión no tenía arreglo y por lo tanto debía quedarse encerrada allí sin la menor trascendencia. Todos perderían un poquito, pero del mal el menos...

—Dieciocho millones sesenta mil dólares... —musitó, al fin, la trigueña Laura—. ¿Y puede saberse adónde ha ido a parar esa fortuna?

Farley interrogó con la mirada a Rodney. Este, le invitó:

—Adelante. Bates. Adelante. Informe a la señora. Infórmenos a todos...

El jefe contable se deshizo de un nuevo nudo que se le atravesaba en el gaznate. Anunció:

—Hace unos meses ya tuve noción de que algo raro estaba sucediendo. Algo... directamente vinculado con el señor Richard. Yo no era quien para pedirle explicaciones, desde luego, pero como máximo responsable de la contabilidad de la empresa sí necesitaba respuestas y explicaciones a unas partidas que no tenían compensación. Hablé del asunto con el señor Rodney quien me dijo que tuviera paciencia, que su hermano siempre había sido un hombre

muy consecuente y no había por qué alarmarse. Me insistió que esperara un tiempo y lo hice. La muerte del señor Walden ha precipitado las cosas y… en pocas horas he podido efectuar las oportunas comprobaciones. Presten atención, por favor…

Farley Bates sacó del bolsillo interior de su chaqueta una agenda con cubiertas de plástico en color marrón. Fue leyendo:

—*27* de diciembre de 1981. Extracción mediante cheque de 7.750.000 dólares del U.S.A. California Bank. 9 de enero de 1982. extracción por el mismo sistema de 1.265.000 dólares del National Bank. 5 de marzo de 1982. talón contra el London Bank y South America Ltd. por impone de 3.375.000 dólares. En 12 de mayo de 1982 nuevo talón por importe de 2.220.000 dólares contra el National Bank. Y por último, en 26 de junio pasado, extracción por cheque del U.S.A. California Bank por un total de 3.450.000 dólares.

Tras una pausa breve e intencionada, como para darles tiempo a que asimilaran algo de todo aquello, el director contable machacó:

—Todas estas cantidades fueron extraídas en ventanilla, personalmente, por el propio señor Richard Walden. Los cajeros de esas entidades lo han confirmado sin el menor género de dudas.

—¡No tiene explicación! —exclamó, nerviosa, Laura Hagman.

—¡Pues el dinero no vuela! ¿O sí? —apuntó, casi burlona, Sheila.

—¡Ya lo creo que tiene explicación! —pareció satisfacerse Rodney.

Stuart Walden siguió en silencio. Sin articular palabra. Sin la menor injerencia en el contexto de la conversación.

—¿Y nos la puedes dar. Rodney? —apuntó, cáustica, la viuda.

—Por supuesto, I aura, por supuesto —repuso el cufiado con una sonrisa casi despectiva en sus labios finos. Arqueando, interrogante, las cejas—: Por qué piensas que os he reunido, ¿eh?

Silencio.

—Tras la muerte de Richard. Farley me sugirió de inmediato que consultara la carpeta privada de mi hermano, la «carpeta negra» como le llamábamos, para regular la situación lo antes posible… antes de que fuera leído el testamento, claro. Era un paso difícil para mi; muy difícil, sí. Se trataba de violar la intimidad de un difunto… y

ese difunto era mi hermano. Pero no me quedaba otra opción. Tuve que romper algunos lacres, rasgar sobres cerrados, siempre en presencia de Farley, hasta que encontramos su dossier privado de números —alzó la cabeza, con pesadumbre, para mirar a Bates. Pidiéndole—: Siga usted, por favor...

El director contable ya no se escudó en nuevos rodeos. Fue al grano. Así:

—Había anotadas cantidades y fechas que coincidían exactamente con las de las extracciones que antes he enumerado. Según las anotaciones del fallecido señor Walden las cifras se corresponden de esta manera con las partidas:

»7.750.000 dólares (27 diciembre 81), chalet Katharine.

»1.265.000 dólares (9 enero 82), pago remesa "cocó” y “hero"

En este punto, Laura interrumpió las detalladas explica dones de Bates, interrogando:

—¿Qué significa «cocó» y «hero», Farley?

—Señora... son abreviaciones en el argot de heroína y cocaína.

—¿Estás insinuando que mi padre era un drogadicto, Farley? —inquirió, nerviosamente tembloroso, Stuart.

—Me limito a leer los textos con que tu padre justificó las extracciones bancarias. Y teniendo en cuenta que estas notas tenían estricto carácter privado... no cabe pensar que mintiera. Lo que puedo asegurarte es que la heroína no era para mí.

—¡Mientes! —se congestionó Stuart—, ¡Mi padre no podía consumir drogas!

—Cállate y déjale que siga. Stuart —intervino Rodney.

El muchacho se plantó de un brinco frente a su tío.

—¿Y tú quién te has creído que eres aquí, vividor de mierda? —le escupió en pleno rostro salpicándole con su saliva—. ¿Quién eres tú para dar órdenes aquí... AQUI EN MI CASA?

¿Tengo que recordarte el respeto que me debes. Stuart?

Farley Bates se interpuso, tomando a Stuart Walden por un brazo y

echándole atrás.

—Cálmate, por favor —le dijo. Añadiendo—: Entiendo que esto es muy duro para ti. pero..

El joven Walden miró al contable con expresión vacía.

—¿Duro...? ¿Qué sabrás tú lo que es duro, Farly? Tú... ¡tú que has venido aquí a mancillar cruelmente la memoria de mi padre! ¡Del hombre que le sacó de la nada, apagó tu hambre e hizo de ti alguien importante! ¿Así se lo agradeces, hijo de ramera?

—¡Stuart! —se encogió Bates— ¡No te consiento...!

—¿Que no me consientes... QUE?

Stuart era un tipo recio. Un tipo que había practicado y seguía haciéndolo, judo, karate y boxeo.

Le estrelló la zurda en el plexo y la derecha se la aplastó en la cara, proyectando al contable bajo el hueco de la chimenea.

—¡Te voy a machacar, mal nacido! ¡Te destrozaré! —bramó.

Sheila hubo de andar rápida, decidida y lúcida, para evitar que su hermano cayese encima dé Bates y lo astillara a puñetazos.

—¡Por Dios. Stuart! Te lo suplico. Hazlo por mi, al menos, Stuart... —se apretó contra el fornido tórax del mu chacho.

Rodney requirió la presencia de Kirpatrick para que atendiese a Farley, ayudándole a restañar la sangre que brotaba por nariz y boca. Las heridas eran más espectaculares que profundas ya que Stuart había golpeado con rabia pero no con la precisión que en él era habitual.

Una vez restablecida la calma y con Sheila sentada junto a su hermano y fuertemente cogida a él. Farley, nervioso y hasta sintiéndose un tanto ridículo, prosiguió con la lectura:

«3.375.000 dólares (5 marzo 82). apartamento y Mercedes Benz de Katharine.

»2.220.000 dólares (12 mayo 82). fuera borda y gastos generales de Katharine.

Laura Hagman no pudo más. Sus preciosas pupilas almendradas

despedían esquirlas rojas que tenían mucho que ver con la rabia, el odio y la impotencia. Exclamó:

—¡Sucio repugnante! ¡Se gastó una fortuna con ese pendón de barrio bajo!

Farley, mirando por el rabillo del ojo a Stuart, como cubriéndose de una nueva agresión, dijo, sin hacer comentario a los exabruptos de Laura pero dirigiéndose a ella:

—Comprendo lo que siente, señora. Pero es mi deber comunicarle que una vez comprobados los datos, existen el chalet, el apartamento, el coche y el fuera borda. Todo legalmente a nombre de Katharine Newman. No se puede recuperar ni un céntimo. Esos bienes pasarán a los herederos directos de ella.

—¡Tenía que haberse muerto veinte años antes! —mascullló, convertido su rostro en una máscara furiosa, la viuda.

Sheila, ahora, no anduvo tan lista como antes.

Y Stuart se fue recto sobre Laura y le cruzó la cara con dos sonoras bofetadas.

—¡Ramera! ¿De qué te quejas? ¿De qué te lamentas si mi padre te sacó de un prostíbulo donde vendías tu cuerpo asqueroso por cuatro chavos?

Laura brincó de la silla y Stuart le castigó la cara con un nuevo doble juego de bofetadas que la estrellaron otra vez en el fondo del asiento.

—¡Ramera! —repitió, haciendo ademán de volver a la carga.

—¡Estás loco! ¡LOCO! ¡Tienes razón. Rodney! ¡Hay que encerrarlo! ¡Está loco! ¡LOCOOOOO!

Stuart Walden. como perdida la razón, se lió a golpes con la viuda, haciendo falta la intervención de todos, incluidos Kirpatrick y Mary Anne, para frenarle y sacarlo, a rastras, de la estancia.

—¡La mataré! —bramaba—, ¡La mataréeeeee! ¡Ramera, más que ramera! ¡LA MATARÉEEEEEE!

Sheila y Mary Anne, al cabo de mucho tiempo, consiguieron calmarle.

Rodney Walden, entretanto, se comunicaba urgentemente con el doctor Gunter Price de la Psyquiatric Center Baltacha-Fundation.

* * *

Los hechos se concatenaron con rapidez celérica posiblemente porque no había lugar a pérdidas de tiempo.

Gunter Price, vía teléfono, cursó instrucciones al facultativo de cabecera de los Walden, doctor Everett Whitman, para que dopase convenientemente a Stuart, con Sosegón, sucedáneo de la morfina, a fin y efecto de que se pudiera proceder a su traslado con toda clase de garantías y sin el menor riesgo.

A bordo de un helicóptero, el enfermo fue llevado desde el palacete familiar hasta aquel punto situado a dos mil metros de altura, en la cúpula de las Californian Mountains, entre Escondido y El Centro, que recibía el nombre de Paraíso.

Rodney, Sheila y Laura, más calmada ésta tras la violencia desencadenada sobre ella por Stuart, viajaron hasta el centro psiquiátrico acompañando al muchacho.

Acomodados en el despacho de dirección y mientras los enfermeros se ocupaban de instalar debidamente a Stuart, el doctor Gunter Price, hombre de inedia edad, calvo, larguirucho y desgarbado, con ojos grandotes y negros que parecían empeñados en huir de las órbitas, les dijo:

—Mi colega y director del centro. Dunai Baltacha, se encuentra en una convención psiquiátrica que se está celebrando en Bogotá, Colombia. Luego aprovechará para dar vanas conferencias por distintas capitales de Sudamérica y esperamos su regreso a casa sobre mediados del mes de noviembre. En su ausencia, y procurando que ella se note lo menos posible, yo me encargo de coordinar las actividades de este Paraíso donde intentamos que los que llegan dañados salgan nuevos, alegres, dinámicos, felices y dispuestos a reanudar sus tarcas con renovadas ilusiones. Esa es la ventaja de las dolencias psíquicas sobre las físicas: estas últimas, suelen dejar secuelas que normalmente restan enteros al rendimiento de los pacientes. Las del cerebro sin embargo, si se cuidan debidamente, si se combaten con los tratamientos adecuados, hacen del enfermo una persona diferente, ágil y renovado, cuando aquél vuelve a integrarse en la sociedad.

—Todo eso está muy bien, doctor, muy bien —le atajó, nervioso. Rodney Walden—, Pero como comprenderá, nosotros, queremos…

—¡Claro que lo comprendo, claro que si…, claro! —exclamó Price, haciendo ademanes grandilocuentes. Y agregó—: Ustedes desean que exprese mi versión profesional sobre Stuart Walden, ¿no? ¡Claro! —los miró, uno a uno, con sus ojos saltones. Sentenciando—: Es pronto, es pronto…

—¡Pero doctor…! —habló Sheila—, Usted tendrá…

—Tengo una idea concreta, señorita. Concretísima. Esto… Stuart es su hermano, ¿verdad?

—S. Por supuesto.

—Ya se lo dije a su tío por teléfono, señorita Walden. Es un shock producido por el fallecimiento repentino y trágico de su padre. No lodos reaccionamos igual trente a una misma circunstancia. La mente humana es compleja, difícil, complicada. Es un shock… si —carraspeó para adoptar una actitud altamente profesional, añadiendo—: Verán, hace unos años, cuando la psiquiatría era aún un enigma y las teorías de los iniciados las rechazaban de plano facultades y eminencias… se hablaba del shock en términos muy ambiguos y enraizándolo siempre a orígenes patológicos. Se definía el shock como un decaimiento súbito y profundo, como un estado de coma inclusive, con notable descenso de la presión sanguínea. pulso rápido, baja temperatura y estado de postración general. Los médicos opinaban que en estos síntomas aparecían frecuentemente como consecuencia de estados traumáticos o postoperatorios que incidían…

—Doctor Price —le cortó, con rictus evidente de mal humor. Laura —. Somos profanos en medicina y tontos de re mate en psiquiatría. Nos interesa saber las posibilidades de curación…

—¡Todas, señora, todas! Todas las posibilidades están al lado de su… hijastro es, ¿no? —la vio asentir, prosiguiendo—: La TERAPIA DE SHOCK que practicamos en este centro asegura el éxito en un noventa por ciento de los casos. Volvemos la mente del enfermo al punto de partida que neutralizó su normal funcionamiento. En el caso de Stuart y cuando juzguemos que ha llegado el momento, reproduciremos el accidente sufrido por su padre…

—¿Y eso no puede resultar contraproducente? —disparó la pregunta, tal como había acudido a su pensamiento, Sheila Walden.

Una sonría mística floreció en los finos e incoloros labios del psiquíatra. Una sonrisa que tras el entorno hasta beatífico diñase, tenía un génesis inquietante, espectral, sobrecogedor. Separó, ampliando la sonrisa extraña, aquellos labios delgados y hasta repulsivos, puntualizando con voz híbrida: El porcentaje de aciertos es elevado, muy elevado, señorita. Novecientos enfermos cuentan con todos los números a favor mientras cien corren el riesgo del… *digamos error*. Es un riesgo inevitable… porque la ciencia todavía no es perfecta. Un riesgo que debemos correr ineludiblemente. Yo estoy seguro de que su hermano está entre los novecientos primeros.

Rodney iba a decir algo cuando del interior del interfono que había sobre la mesa del psiquiatra surgió una voz femenina, bien timbrada, diciendo:

—Doctor Price, doctor Price, por favor. Acuda al pabellón de terapia ocupacional. Es urgente. Doctor Price…

Se puso en pie.

—Lo siento, pero tendrán que disculparme. La ausencia de mi compañero Dunai hace que el trabajo me desborde. Hay otros médicos, si… pero la responsabilidad es del todo mía. Señores…

Los tres miembros de la familia Walden se alzaron de sus asientos.

—Les tendré al corriente de los progresos experimentados por Stuart… —anunció, antes de estrecharles la mano uno por uno.

# CAPITULO V

Los cinco primeros días de estancia en el Paraíso. Stuart Walden se los tiró «chapado».

En una celda confortable, cómoda, pero celda al fin y al cabo y hasta carcelaria si se apuraba un poco.

Completamente solo.

Sin radio. TV. periódicos, ni nada por el estilo. Distanciado de todo y de todos. Aislado por completo del mundo. Sólo tres cigarrillos a repartir entre las 24 horas del día constituían la única válvula de escape a su estado confinatorio

La puerta de la celda se abría tres veces al día. La primera a las 7 en punto de la mañana para dejar paso a la presencia de un gigantesco enfermero de maneras y andares simiescos que le traía el desayuno, pero antes, acompañado de un vaso de agua, le instaba a engullir tres cápsulas de color violáceo.

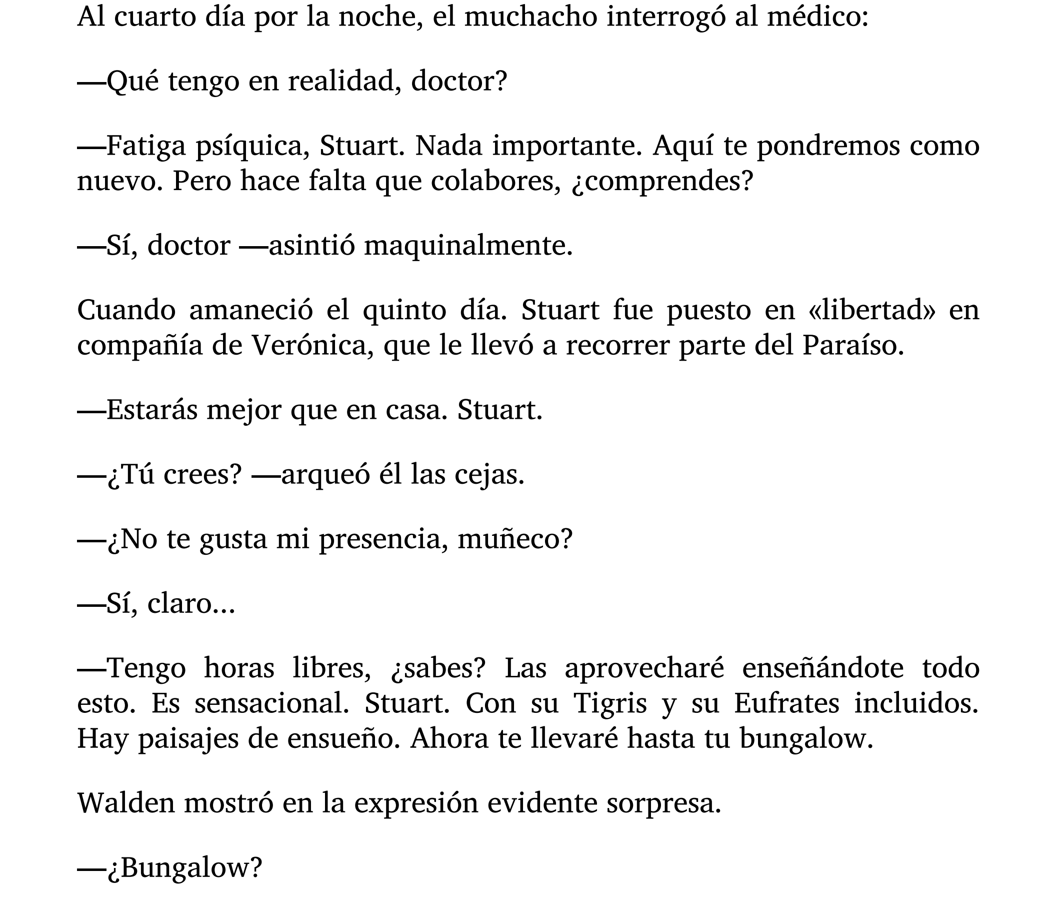
Por segunda vez se abría a la 1 de la tarde para solazar, ahora, la mirada turbia y estrábica de Stuart con la presencia de una bien contorneada y rellenita enfermera que se presentó como Verónica, la cual, dejaba sobre una mesita la bandeja con el almuerzo, pero previamente, le administraba dos inyecciones. Una intravenosa y la otra intramuscular.

Al segundo día. Stuart quiso saber qué eran aquellas inyecciones.

—Vitamina «B». Estás muy bajo de ella y así restableceremos tu equilibrio nervioso.

La tercera solía producirse alrededor de las 8 de la noche y volvía la enfermerita de redondo trasero y pechos saltarines, acompañada de un tipo largo y estirado, flacucho y narizón, de ojos hambrientos y saltones, al que ella llamaba doctor Price. En presencia de él le tomaba la tensión arterial y la temperatura, datos que anotaba puntualmente en una gráfica. Luego, otros dos pinchazos y la cena.

El galeno se limitaba a observarle como si fuera un bicho raro.



Al cuarto día por la noche, el muchacho interrogó al médico:

—Qué tengo en realidad, doctor?

—Fatiga psíquica, Stuart. Nada importante. Aquí te pondremos como nuevo. Pero hace falta que colabores, ¿comprendes?

—Sí, doctor —asintió maquinalmente.

Cuando amaneció el quinto día. Stuart fue puesto en «libertad» en compañía de Verónica, que le llevó a recorrer parte del Paraíso.

—Estarás mejor que en casa. Stuart.

—¿Tú crees? —arqueó él las cejas.

—¿No te gusta mi presencia, muñeco?

—Sí, claro…

—Tengo horas libres, ¿sabes? Las aprovecharé enseñándote todo esto. Es sensacional. Stuart. Con su Tigris y su Eufrates incluidos. Hay paisajes de ensueño. Ahora te llevaré hasta tu bungalow.

Walden mostró en la expresión evidente sorpresa.

—¿Bungalow?

—Si. Te extraña, ¿verdad? Lógico. Ya te he dicho que esto es una auténtica maravilla. Los enfermos, aquí, están como en un hotel de muchas estrellas. A todo confort, con las comodidades imaginables y más. Pero se les confina en una celda como la que tú estabas si el comportamiento no está acorde con las condiciones de vida que les ofrecen.

—¿Estoy loco. Verónica?

Ella le dedicó su mejor y más insinuante sonrisa.

—¡No! Nada de eso. Stuart. Sólo estés cansado. Has vivido demasiadas emociones en los últimos días. Pero pasará. Mira… —caminaban por un grandioso jardín exultante de verdor, de vegetación sensacional y agresiva, cruzado por caminitos y pasillos de grava, cerca de los cuales y escondidos entre los arbustos, erguíanse los bungalows—, ¡ésa será tu casa!

—La imagino muy bonita.

—Lo es —aseguró la enfermera Y tomando a Stuart por una mano lo arrastró suavemente, diciendo—: ¡Ven. voy a mostrártela!

De súbito, como si hubiera caído de la copa de un árbol, una chica apareció ante la pareja, saludando:

—¡Hola, Verónica!

—Hola. Noemi —repuso la empicada con signos externos de contrariedad— ¿Qué haces tan lejos de tu bungalow! —Paseando. ¿Y tú? Ya quieres encamarte con el nuevo, ¿eh?

Chispearon los ojos de la enfermera.

—¡Vete...!

—¿Y si no me da la gana... qué? 0Por qué no me presentas a este tarzán de mirada seductora. Verónica?

Apretó los dientes, pero acabó cediendo. Stuart interpretó que Verónica, por una oculta razón, temía a la otra. Dijo la enfermera:

—Stuart, te presento a Noemi Keyston. Noemi... él es Stuart Walden. ¿Quieres marcharte ahora?

Noemi hizo como que no la oía y tendiendo la diestra a Walden. le sonrió con dulzura. Y:

—Sería absurdo que te diera la bienvenida a este manicomio...

—¡Noemi!

—¿Acaso no es verdad, Verónica?

La enfermera, bajando la voz al límite susurró junto al oído de Stuart:

—Ten mucho cuidado con ella. Está loca... completa y totalmente loca. No tiene curación. Lo suyo es irreversible.

—Te relevo de tus obligaciones de anfitriona —dijo Noemi, viendo que la otra no respondía. Matizando, cáustica—: Yo le enseñaré a Stuart este... Paraíso.

—No tienes por qué asumir unas funciones que no te... —comenzaba Verónica, cuando por los servicios de megafonía estratégicamente diseminados por aquel interminable y lujurioso jardín, se escuchó

decir a una voz metálica, opaca, impersonal—: Señorita Cord, señorita Cord, por favor. Preséntese inmediatamente en la sala de quirófanos. Señorita Cord...

—¡Más oportunos, imposible! —exclamó, ahogando una carcajada. Noemi. Y añadió con desprecio—: ¡Anda, loquera! Ve a cumplir con tu sádica y desagradable obligación. ¿A quién descuartizáis hoy?

—¡Hablaré con el doctor Price sobre tu estúpida conducta, Noemi!

La enfermera soltó una carcajada histérica mientras sus pupilas giraban a velocidad diabólica dentro de las órbitas.

—¿De veras...? —se burló de nuevo—. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! A mí... ¡como si le quieres machacar la cabeza con dos pedruscos! ¿Vale?

—Señorita Cord, señorita Verónica Cord, por favor... —insistía la voz del micrófono.

—Hasta luego. Stuart —se despidió Verónica con rapidez. No sin añadir antes de echar a correr hacia el cuerpo central del Paraíso—: ¡Y cuídate, te lo ruego!

—Si, cuídate... —repitió Noemi, haciendo un gesto obsceno hacia la enfermera—. Cuídate de ella. Que se meterá contigo en la cama a las primeras de cambio.

Stuart la miró con detenimiento y hubo de reconocer que era preciosa.

—¿Por qué hablas así, muchacha?

—Cuando lleves una temporada aquí, lo entenderás. Eres guapo. Stuart Me gustas.. ¿Haremos el amor tú y yo, Stuart? Soy ardiente y cariñosa.. Te haré muy feliz, ya lo verás...

—Creí que era Verónica la que querría meterse en la cama conmigo.

—Aunque esté loca no dejo de ser mujer, de sentir como una mujer y de desear todo lo que desee cualquier mujer. Además, en la cania, soy mucho mejor que Verónica. ¡De veras! ¿Me encuentras atractiva. Stuart?

Volvió a mirarla.

Y se dijo para sus adentros, logrando zafarse por unos instantes al

caos ilógico que hervía dentro de su cerebro, al puzzle inconcreto y trágico que vagaba suelto, esparciendo las piezas alucina mes por cada uno de los rincones de su torturada mente... se dijo, que Noemi Keyston era la mujer más guapa, atractiva, sexual y bien formada que había visto en su vida.

Noemi... hasta el nombre era bonito.

Se la podía desear aunque sólo fuera por el nombre, pero viéndola... ¡qué maravilla de hembra!

Era morena, con unas larguísimas hebras de cabellos azabaches que despedían intensas e hirientes esquirlas azuladas. Exuberante hasta la saciedad. Sensual hasta el límite. Sus pupilas eran enormes y relucientes, muy negras, y vivían con disparas rasgados en el interior de unas órbitas chinescas, elípticas, respingonas hacia las sienes. El arco perfecto que formaban sus labios al unirse era compendio carnoso y excitante que pregonaba las excelencias de un beso de pasión, de un beso febril y húmedo.

Su carne, grácil y esbelta pese a la exhaustividad física, a la brutal agresividad que había en cada escorzo de su cuerpo, era pregón de placeres y éxtasis, era delirio y locura...

Estaba loca, posiblemente.

Debía de estarlo, si.

Pero deseable y apetecible como ninguna, seguro.

Sus articulaciones eran flexibles, como de caucho. La cintura se estrechaba inverosímilmente encima de unas caderas cortadas a cincel, en lo alto de unos glúteos tibios y escarpados, para proyectarse pulgadas después, hacia enfrente, en forma de deliciosos montículos cálidos, picudos... en forma de pechos ebrios de amor que se mecían voluptuosos al compás de la respiración levemente agitada haciendo ostensible la falta de sostén y también su inutilidad.

—Me deseas, ¿verdad? —insistió Noemi.

—Puede... —musitó, ambiguo, Stuart. Puntualizando—: Es un sentimiento vago, inconcreto. Admito la necesidad del placer pero de una manera lejana, distante. Lo apetezco con la mente pero no con el cuerpo.

—¡Por las porquerías que te habrán inyectado! —exclamó ella,

furiosilla. Y acercándosele, estrechándose contra él, haciéndole sentir el fuego de sus pechos volcánicos, le dijo—: No te preocupes por eso, pequeño... Noemi sabe cómo estimularte.

—¿No sabes Hablar de otra cosa?

Ella se estiró súbitamente.

Se puso tensa, rígida, yéndose unos pasos atrás. Y con extraña expresión de ausencia, como si de pronto y sorprendentemente se hubiese ido muy lejos, anunció:

—*Sé... sé* hablar con los muertos,

Stuart experimentó un aguijonazo en el cogote.

¿Cómo...? ¿Qué has dicho? ¡Repítelo! ¡REPITELO!

Ella, impertérrita, volvió a decir:

—Eso. Stuart. Que sé hablar con ellos. Entiendo la dialéctica de los muertos.

Y Stuart Walden, crispado, apretados los puños y golpeándose con ellos en los flancos, gritó como si estuviera poseído-

—¡PAPA, PAPA... POR FIN! ¿HAS OIDO...? ¿HAS OIDO, PAPA? ¡ELLA ME VA A AYUDAR! ¡HABLAREMOS, PAPA! ¡PODREMOS HABLAR AL FIN! ¡TU Y YO! ¡PODRAS CONTARME TODAS ESAS COSAS...! ¿OYES.

Alguien que apareció en escena de improviso golpeó a Stuart Walden con mayor violencia que él mismo lo había hecho.

—¡Muchacho, muchacho..! —exclamó una voz bronca, resquebrada», acre—. ¡Muchacho, por Dios! ¡Vuelve en ti! ¡Regresa a la realidad! ¡Esa bruja imbécil acabará por volverte más loco de lo que puedas estar! Si es que lo estás, claro.

—¡Vete a la mierda, Kent! ¿Qué quieres? Estropearlo todo como siempre, ¿no? ¡Estúpido! No entiendes nada. EL... —señalaba al muchacho—, necesita hablar con su padre. ¡Y sólo yo puedo penetrar en las regiones sombrías de la muerte! ¡Sólo yo puedo comunicarme con... *ellos!*

—¡Largo de aquí, degenerada!

—Todo porque no me acuesto contigo, ¿eh? ¡Nunca seré tuya, bastardo! ¡Nunca!

El llamado Kent, hombre de mediana estatura pero muy recio, fornido, de anchas espaldas, con unos cincuenta tacos sobre ellas, hizo amago de largar un puñetazo al rostro de Noemi y la preciosa morena salió a escape, contoneando dentro de la bata algo transparente su deliciosa y bien formada popa.

Se volvió, sólo unos instantes, escupiendo, rabiosa y chispeante:

—¡Un di a de éstos te mataré, policía loco! ¡Asesino de niños!

Stuart miró a Kent con expresión boba, enajenada.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—Me llamo Kent Hayes. ¿Qué hago aquí? Dicen que estoy majareta… Les conviene a algunos que así sea y en colaboración con estos maniáticos sádicos que se hacen llamar psiquiatras me tienen encerrado, prisionero, en este manicomio. Me imagino que algo parecido te debe pasar a ti. ¿no? ¿A quién le estorbas tú, amigo?

—Soy Stuart Walden…

—¿Walden? ¡Eso me suena! —se pellizcó la barbilla—. A ver si me acuerdo de qué. De qué… ¿.de qué puñetas me suena tu apellido?

—De la Electrotecnical Walden. ¿no?

—¡Eso… amigo! ¡Eso es! ¿En qué berenjenal te has metido? O. mejor dicho, *te han metido.*

—No entiendo nada de lo que quiere decirme, señor. Y me fastidia que haya echado a Noemi de aquí. Ella iba a ayudarme…

—¿Ayudarte? ¡Por favor, chico! No es más que una bruja asquerosa que aún te creará mayores problemas. Stuart, ven, busquemos un sitio en el que hablar tranquilos, ¿quieres?

—Bueno.

Se dejó llevar por entre la arboleda como un autómata.

Kent Hayes se puso en cuclillas al amparo del grueso tronco de un arbusto. Walden le imitó, preguntando:

—¿De qué hemos de hablar?

—De tu posibilidad de salvación, amigo. Si confías en mí, quizá pueda ayudarte a escapar de esta telaraña.

—Sigo sin entenderle, señor… Hayes ha dicho, ¿no?

—Kent a secas y de tú, amigo. Dices que no me entiendes, ¿eh? Pues pronto te voy a quitar el sueño de las orejas, muchacho. Te han metido en este antro para volverte loco… LOCO DE VERDAD. No loco como tu te crees que estás ahora. ¿Quieres explicarme de qué medios o excusas se han servido para traerte al Paraíso?

La confusión de Stuart iba en aumento ante la verborrea, inconexa para él. del tal Hayes. Le dolía la cabeza por fuera y le hervía por dentro como una caldera gigantesca. Con las manos se apretó los parietales como si quisiera chafarla y gritó:

—¡Por favor, por favor, basta…! ¡Basta ya! ¿Es que no lo entiende? ¡Estoy enfermo! ¡ENFERMO!

—Acabaras enfermo… totalmente loco, si no reaccionas —le dijo Kent. Acudiendo—: ¡Ojalá yo, cuando llegué, hubiese contado con alguien que hubiera querido ayudarme! Hace tiempo que me prometí hacer algo por alguien ya que no puedo nacerlo por mi mismo. Es… es como una pequeña venganza. ¡Mi gran venganza, mejor dicho! Yo quiero ayudarte. Stuart… —se le veía nervioso y excitado. Trató Hayes de calmarse y tomando al muchacho por los hombros lo estrujó contra él, exclamando—: ¡Tú no estás loco, muchacho! Ni enfermo. Ellos te han puesto enfermo, y aquí terminaran la obra si tú no luchas contra el destino cruel que te están fabricando. Tú estás bien, bien dentro de lo que cabe y a pesar de lo que ya imagino te habrán hecho. Parte de ahí, de que no estás loco… Por qué te han traído. ¿eh? Los episodios de tu vida que más te torturan, que te enervan. Cálmate, y despacio, me lo vas explicando todo. Pero si aparece alguien por estos andurriales cambia inmediatamente de conversación, ¿eh? ¿Entiendes?

Movió la cabeza, afirmativo, pero con visibles dudas.

—Creo, creo que si…

—Bien, te escucho. Animo. Stuart. Adelante…

Walden, sin saber con exactitud el porqué, sin atender a una razón especifica que lo justificara, pero necesitando imperiosamente

hacerlo... con lagunas, espacios en blanco y pinceladas incoherentes, intentó narrarle a Kent los hechos desde el principio.

Desde lo que él consideraba el principio. Desde lo que para él era el principio.

—¡Vaya con tu familia, amiguito! —exclamó Hayes golpeando campechano la espalda de Stuart, cuando éste dio por finalizado su farragoso relato—. ¡Vaya percal!

—¿Qué insinúas. Kent?

—Diría que casi estoy en condiciones de afirmar, pero... —se interrumpió, mirando fijamente a Walden. Dijo—: Yo. Stuart, fui policía en un tiempo, ¿sabes?

Se encogió tic hombros el muchacho.

—¿Y...?

—Me sigo acordando del oficio... cuando escapo a los efectos de esa canallesca TERAPIA DE SHOCK que me va volviendo paulatinamente loco, loco de verdad.

—¿TERAPIA DE SHOCK? ¿Qué es eso?

—Aquí, en este cruel manicomio que se atreven a llamar Paraíso, es, es... ¿cómo le lo .suelto? Es revivir aquellas escenas o episodios de tu vida que más te torturan, que te enervan y excitan... y que tú deseas olvidar para siempre. Ellos te los repiten y machacan una y otra vez, una y otra vez, para irte alienando metódicamente, para recluirte de manera definitiva en el mundo abominable de las secuencias trágicas que tu mente lucha por desterrar. Yo... maté a un niño de seis años cuando intentaba detener a un peligroso asesino. Alguien empujó al muchachito metiéndolo de lleno en la trayectoria de mis disparos. Les molestaba porque había averiguado cosas graves acerca de importantes personajes metidos hasta el culo en política... Matarme podía crearles nuevas complicaciones, pero recluirme aquí después del shock que me produjo la muerte del niño, les resultó fácil... Es algo parecido a lo tuyo. Stuart. ¿Vas entendiendo algo?

Dijo que sí con la cabeza. Añadiendo:

—Pero querría no entender nada.

—¡Por Dios, amigo! ¿Es que vas a darte por vencido? ¿Le vas a

dejar salir al que sea o a los que sean, con la suya?

—Quisiera poder hablar con mi padre. Espero poder conseguirlo con la ayuda de Noemi. Mi padre necesita explicarme muchas cosas…

Kent Hayes lo sacudió con violencia.

—¡Stuart! ¿Es que no quieres comprender? ¡Tu padre está muerto! —siguió sacudiéndole—, ¡MUERTO! ¡Y los muertos no hablan con nadie! ¡CON NADIE! ¿Entiendes? Muchacho, muchacho… —ahora, lo acarició como si fuera su hijo—, si no reaccionas estás perdido. Acabarán contigo… ¡Y tú eres muy joven tiara que te aparten del mundo los turbios manejos de un canalla! Stuart… ¿me oyes?

—Si… ¿Qué quieres?

—Ayudarte. Escucha con atención. Cabe la posibilidad de que Noemi insista con esa absurda historia de que puede hablar con los muertos, estoy seguro de que te convencerá para llevarte a contactar con tu padre… ¡Debes reaccionar entonces! Sea cual fuere la situación a que ella te aboque, acuérdate de mí, piensa que estás cuerdo… y obra frente a esa situación como lo haría un ser normal. ¿Has captado lo que quiero decirte?

—Pienso que sí…

—¡Tienes que estar seguro! ¡Seguro! Sólo así…

Las palabras del ex policía quedaron truncadas por la puesta en funcionamiento, otra vez, del servicio de megafonía. La voz inexpresiva de corte metálico, frío, anunció monótona:

—Se ruega al señor Stuart Walden que se presente en el edificio anexo a dirección. Señor Walden, persónese en el edificio anexo a dirección. Tiene una visita. Señor Stuart Walden, por favor. Preséntese…

El muchacho se alzó de un brinco.

Kent lo retuvo por la manga de la camisa.

—¡Espera, amigo, espera! Esa visita puede formar parte de sus maquiavelismos… pero debes acudir, desde luego. Stuart…

—¿Qué quieres, Kent, qué quieres? —hablaba con pesadez, como si le costara un gran esfuerzo arrastrar de garganta afuera cada

palabra.

—A la hora de la siesta, sobre las cuatro, me buscas de nuevo aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Kent, de acuerdo...

El ex policía le vio partir reservándose sus dudas de que Walden volviera por la tarde.

—¡Malditos canallas! —mascculló, entre dientes. Hayes.

# CAPITULO VI

Era Farley Bates.

Stuart no supo exactamente qué sensación le producía, qué sentimiento se despertaba dentro de él, ante la presencia de una persona desconocida... de alguien que en buena lógica debía significar algo.

Era tan grande el caos que lo envolvía, tan espesa y turbia la vorágine, que no fue capaz de definirse.

Miró al otro en completo silencio.

A Bates se le notaba un tanto nervioso.

Hecho que se puso de manifiesto en el leve temblor de los dedos de su diestra cuando avanzó la mano hacia Walden.

—Stuart..., amigo, ¿cómo te encuentras?

Intervino el doctor Price, presente en la sala, preguntando al interno:

—¿Se encuentra en condiciones de atender la visita. Stuart?

Era como si hubiese sonado un perdigonazo en la caseta de tiro al blanco de una feria, alcanzando de lleno la cabeza de Stuart Walden.

—¡Eh...! ¿Cómo dice? ¡Ah...! ¡Sí, sí. claro! Me encuentro en perfectas condiciones —y mirando a Bates fijamente, añadió, como un robot convenientemente programado—: ¡Hola, Farley! ¡Qué tal! ¿Hace mucho que has llegado? ¡Me alegro de verte!

Y tendió su mano estrechando la de Bates.

—Pueden subir al solarium —intervino de nuevo el psiquiatra de los ojos saltones—. Junto a él hay varias salas. En cualquiera de ellas podrán hablar con entera libertad. Allí... —extendió el índice derecho hacia el fondo del pasillo— tienen el ascensor.

—Gracias, doctor —asintió Farley.

Y el director contable de le Electrotecnical Walden, tomando a Stuart por el brazo, puso rumbo a la cabina del elevador.

—Vamos, amigo.

Cuando llegaron al solarium éste se encontraba desierto. Farley decidió:

—Podemos quedarnos aquí, ¿te parece?

—Bueno... ¿Por qué has venido?

Bates inclinó la cabeza ligeramente.

—Me siento culpable. Stuart.

—¿De qué...?

—No sabría contestarte con exactitud. Pero después de lo que pasó el otro día, cuando la reunión...

—¿Piensas que estoy loco por tu culpa. Farley? —Stuart se expresaba sin convicción, ausente, con apatía.

—No se me ha ocurrido pensar que estés loco —se apresuró a corregirle el otro. Agregando—: Tus nervios se han roto a causa de la muerte inesperada de tu padre Y luego, cuando yo hablé del asunto de los dieciocho millones de dólares, puede que sin quererlo contribuyese a excitar tu nervio sismo y...

—¿Crees de veras que mi padre cogió ese dinero. Farley?

El contable volvió a inclinar la testa como rehuyendo la mirada estrábica del muchacho.

—Preferiría no hablar de esto. Stuart. Sólo he venido a interesarme por tu estado de salud y a decirte que yo, personalmente, necesito que vuelvas pronto. Nos espera mucho trabajo, amigo.

Igual que si no le hubiese escuchado. Walden insistió:

—Te he hecho una pregunta. Farley.

Bates carraspeó sonoramente como intentando aclarar la garganta. Repuso después:

—Las evidencias son irrefutables, Stuart. No admiten discusión. La mayor parte de ese dinero lo invirtió en Katharine Newman... y las extracciones bancarias las realizó él, él personalmente.

—¡NO PUEDO CREERLO. FARLEY! —cogió al contable por los hombros sacudiéndolo con mirada alucinante, paranoica—. ¡NO PUEDO...! ¡NO TIENE QUE SER ASI!

—Stuart, te lo ruego... —vio de escapar a las sacudidas sin alterar más la excitabilidad del otro—. Olvídate de este asunto. Más adelante, cuando te reintegres a tu puesto, estudiaremos el asunto, ¿eh? Repasaremos los hechos con toda meticulosidad. Pero ahora, piensa sólo en ponerte bien... y pronto.

—Alguien me quiere encerrar aquí y para siempre.

—¿Quéeeee? —Farley le miró con extrañeza, con una expresión elocuente que delataba su pensamiento, que escribía en el aire pero con grafismo inequívoco un: «TU ESTAS LOCO, STUART». Se apresuró a decir—: ¡Eso no es cierto y tú lo sabes! Lo que ocurre es que cuando se está deprimido... se piensa en cosas raras, extrañas... Esto, ¿qué tal te tratan aquí, amigo?

—Está lleno de dementes. Farley. Uno me ha dicho que los vuelven locos de remate con la TERAPIA DE SHOCK.

—No. Stuart, nada de eso. Tengo entendido que esa terapia es precisamente para lograr la curación de los enfermos. Por qué no hablamos de otra cosa, ¿eh?

—En un manicomio se tiene que hablar de locos por fuerza.

A Farley Bates le pesaba una losa de plomo su visita de buena voluntad. Pensaba que en mala hora se le había ocurrido trasladarse al Psyquiatric Center Baltacha-Fundation. No sabía de qué hablarle ni cómo poner fin a la entrevista.

—¿Quieres un cigarrillo, Stuart?

—Bueno... —se encogió de hombros.

Prendieron un par de pitos y luego de echar unas bocanadas de humo al ámbito, volvió a inquirir Farley:

—¿Necesitas algo?

Stuart soltó una extraña carcajada. Una carcajada que a oídos de Bates repercutió con eco siniestro.

—¡Qué va, hombre, qué va! —exclamó después—. Tengo de todo.

Hasta un par de ardientes y hermosas hembras que están locas... ¡nunca mejor empleada la expresión! por meterse en la cama conmigo.

Farley Bates, frente al cariz que lomaba la conversación y ante los signos inequívocos, presentes en el hacer de Stuart, de su alarmante funcionamiento mental; decidió poner fin a la entrevista.

Miró el reloj de pulsera

—Debo marcharme. Stuart.

—Entiendo. Y te ruego que no vuelvas.

Ningún comentario al respecto hizo el director Contable de la Electrotecnical Walden. Le ofreció la mano:

—Adiós.

Stuart Walden no quiso ver la mano. Pero sí respondió:

—Adiós...

Farley, con su nerviosismo en aumento, abandonó a toda prisa el solárium de la institución psiquiátrica, avanzando, en largas y rápidas zancadas, pasillo ahajo, en busca del ascensor.

Stuart se quedó acodado en la baranda. Abstraído, ausente, lejano.

Pensando en Noemi Keyston.

Noemi... bonito nombre, si. El nombre de una mujer sexual y deseable que debía entender... *la dialéctica de los muertos. Que podía hablar con ellos.*

La imagen recia del ex policía rompió el hilván de sus confusas reflexiones.

«No es más que una bruja asquerosa que aún te creará mayores problemas...»

«...estoy seguro de que te convencerá para llevarte a contactar con tu padre... ¡Debes reaccionar entonces! Sea cual fuere la situación a que ella te aboque, acuérdate de mí, piensa que estás cuerdo...»

Stuart, de repente, con ambos puños cerrados empezó a golpearse las sienes, bramando:

—¡NO. NOOOOO! ¡MALDITOS TODOS… TODOS! ¡SOIS UNOS MALDITOS CANALLAS! ¡UNOS HIJOS DE PUTAAAAA!

Y en medio de una violenta crisis nerviosa, zozobrando, contrayéndose al compás de sacudidas espasmódicas, cayó de rodillas estallando en un llanto convulsivo, histérico.

Era el llanto propio de una mente extraviada.

Transcurrieron cinco, diez, quizá quince minutos… Fue remitiendo la violencia de los espasmos y las convulsiones: Stuart, por sí solo, pareció ir recobrando la normalidad.

Se alzó del suelo y abandonando el solárium echó a caminar por el pasillo.

Entonces, en medio de la soledad y el silencio reinantes en el corredor, escuchó la voz.

Con nitidez.

Con tremenda claridad auditiva.

La voz de Farley Bates, llamándole:

—¡Stuart…! ¡Por favor, Stuart! ¡Ven! ¡Ayúdame!

Walden se inmovilizó como si alguien acabara de clavarle los pies contra las baldosas a base de golpearle con un mazo en la cabeza.

Estaba terriblemente quieto.

Muy rígido.

Como si fuera de una pieza.

Y la voz, de nuevo:

—¡Stuart…! ¡Te lo suplico! ¡Ayúdameeeee!

¿De dónde surgía aquel tono?

Cerca…

Muy cerca, si.

—¡STUART…! ¡POR DIOS! ¡NO ME ABANDONES!

Ahora se orientó.

¡La voz salía de detrás de la puerta del ascensor!

—¡STUART...!

¿Se había quedado Farley encerrado dentro del elevador?

Salió de su abstracción hierática, absurda, corriendo hacia la puerta rectangular...

Luz...

El cajón metálico estaba allí y mantenía prisionero a Farley, claro.

—¡Espera. Farley, espera! —gritó Walden—, ¡Ahora mismo te saco de aquí!

Y tiró con fuerza, con violencia casi homicida, de la puerta del ascensor.

—¡Farley...!

Justo en el instante que la portezuela se venía contra Stuart a impulsos de su violento tirón... *¡la caja del elevador descendió vertiginosamente, por el hueco, hacia abajo!*

Walden que volvía adelante a causa de la propia inercia vio el negro vacio ante sus ojos, el vacio por el que iba a precipitarse sin remisión...

—¡Noooooooooo!

Con la mano izquierda consiguió, en el último segundo, aferrarse al dintel de la abertura, mientras con la otra apretaba, desesperadamente, la manilla de la portezuela.

Sintió vértigo.

Y una fuerte arcada le revolvió el estómago subiéndoselo a la garganta.

Sus ojos giraban, alucinados, al borde de las órbitas. Casi se le caían por el oscuro vacío que tenían frente a ellos.

Escuchó el cabalgar alocado de su corazón dentro del pecho lo mismo que si los latidos se produjesen, violentamente, contra sus

tímpanos.

Por encima de aquellos golpes se hizo efectivo uno mucho más fuerte.

Más sonoro.

Pero de eco apagado, si.

¡CLOC!

Había sonado, justo, encima de su cabeza.

¡CLOC!

Alzó, al instante, la mirada.

Y un helor de muerte invadió la naturaleza de Stuart Walden dejándolo convertido en una estatua de mármol.

Una estatua inmóvil.

Sin vida.

Que no pestañeaba porque los ojos habían alcanzado el grado supremo de desorbitación.

Abiertos, grandes, inmóviles y muy fijos.

Muy fijos en la motivación espectral, diabólica, enloquecedora, de aquel ¡CLOC!, de eco apagado.

Farley Bates había descendido de la parte superior del hueco...

Colgado por el cuello.

Estaba colgado de una soga y giraba, dantesco, delante de Stuart. Los giros no eran completos...

Colgado, sí.

Y un machete le atravesaba desde la nuca, donde sobresalta el mango, hasta la cara... asomando la hoja ancha, azulada, por la boca, dilatando las mandíbulas y pintando en su rastro ensangrentado una expresión espectral!

Pero acabarían cayéndose al vacio, si. ¡Se quedaría sin ojos!

La boca, atravesada por el acero que se iba tiñendo de rojo por momentos, se movió…

Se movieron los labios…

Y Farley Bates dijo:

—¡Por favor. Stuart! ¡Descuélgame! Tengo que explicarte lo del desfalco de tu padre… ¡Descuélgame! ¿Qué esperas?

Stuart Walden, transportado a otra dimensión, permaneció quieto, rígido, inmóvil.

Pero muy despacio, lentamente, sin apartar sus pupilas del diabólico lienzo colgante, apartó una mano del dintel, la otra de la manecilla…

Se balanceó sobre la puntera de sus zapatos al borde del profundo rectángulo, del abismo de muerte…

Y en un postrer segundo de lucidez., murmuró:

—Es lo mejor…

Y cerró los ojos, yéndose adelante.

* * *

—¡STUART! —gritó una voz, agónico el matiz. Repitiendo con estridencia metálica—: ¡STUART…! ¿QUE HACES…?

—Voy a morir, necesito morir…

—¡STUART! ¡SOY YO…! ¡FARLEY BATES!

Se produjo un chispazo rojizo dentro del cerebro de Walden. Una luz cegadora que molestó sus retinas obligándole a parpadear, que le hizo girar la cabeza.

El chispazo debió alimentar la exigua lucidez que vagaba por algún rincón de su mente.

Y manteniendo el equilibrio de manera sorprendente e inverosímil. sin dejar de balancearse, al borde del abierto rectángulo, envió sus ojos estrábicos hacia el que decía ser Farley Bates.

Hacia el que era... *Farley Bates.*

—¡Stuart! ¡Espera, escúchame...! Por favor, espérame.

La mirada de Stuart Walden se fue en busca del Farley Bates que estaba colgado en el hueco del ascensor con un machete cruzándole la cabeza de arriba abajo...

Del Farley Bates... *que no estaba.*

Stuart Walden abrió los brazos y se arrojó al vado.

—¡Nooooooooo!

El director contable de la Electrotecnical Walden nunca sabría con exactitud cómo lo hizo, cómo lo consiguió... cómo pudo pegar aquel salto de atleta y recoger el cuerpo de Stuart cuando ya se iba hueco abajo.

Lo apretó contra él echándose atrás con un grueso taco de saliva en el gaznate y el corazón corriéndole a cien por hora.

—¡Madre mía! —exclamó. Y dándose cuenta de que la naturaleza de Stuart no tenía entre sus brazos más vida que la de un monigote de trapo, lo zarandeó, exclamando—: ¡Stuart...! ¡Stuart, te he salvado!

Walden abrió los ojos, que parecían no estar, carecer de pupilas, para mirarlo y no verlo... El fondo blanco estaba muy dilatado y la expresión era realmente estremecedora.

—¡Stuart!

Los párpados, muy pesados, se corrieron definitivamente.

El fluido que alimentaba la escasa corriente que aún parecía mantenerlo vivo, oscureció, al saltar en pedazos los fusibles de su cerebro. Una oscuridad impenetrable sembró de tinieblas las regiones distantes por las que el cuerpo de Walden viajó, cayendo en picado, a velocidad alucinante.

—¡Se ha desmayado! No es para menos, desde luego... —y alzándolo para cruzarlo sobre sus antebrazos, musito—: Pobre Stuart, está loco.

* * *

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba tendido en una camilla del pabellón de cuidados intensivos.

Parpadeó varias veces consiguiendo captar siluetas vagas, difusas, envueltas algunas en sábanas muy blancas.

Y escuchó voces.

—He pasado el susto más grande de mi vida, doctor Price —explicaba, en tono quedo. Farley Bates.

—La tendencia al suicidio en estos casos —replicó el psiguiatra— es una condicióname continua del enfermo. Los episodios se confunden en su atropellada psiquis hasta convertirse en alucinantes escenas que alteran peligrosamente el poco equilibrio que les resta. Debo decirle, con sinceridad, que lo esperaba.

—Entiendo que usted lo acepte con filosofía profesional, doctor. ¡Pero yo...! Me había marchado porque la actitud de Stuart, sus incoherencias al hablar, la forma de mirarme... me habían puesto muy nervioso. Luego recordé que había olvidado decirle que iba a venir la próxima semana para que firmase unos documentos... He subido por las escaleras porque el ascensor parecía estar encallado y me lo encuentro a punto de tirarse por el hueco... ¡Ha sido terrible, doctor Price! ¡Terrible!

—Comprendo... y usted debo comprender que aquí, por desgracia,, estamos tarto acostumbrados a esta clase de sucesos.. ¡Ah, a propósito de esos documentos que dice! Walden tardará un tiempo en estar en condiciones de ser consciente de lo que firme. ¿No existe algún apoderado o alguien que pueda firmar por él?

—Bueno... —Farley Bates se mordió el labio inferior—. Creo que su tío Rodney podrá hacerlo.

—En tal caso, será mejor que se vaya. ¡Y por favor!, no vuelvan a visitarle sin antes consultarnos. ¿De acuerdo?

—Sí, doctor. Lamento haber sido el causante...

—Usted no ha causado nada, señor Bates. Las causas, todas, están en el estropeado cerebro de Stuart. Adiós...

Cuando Bates hubo salido del pabellón, Gunter Price se acercó a la cabecera del enfermo.

—Walden... ¿me oye?

—Si... —musitó—, ¿Qué... qué ha ocurrido, doctor? ¡El... *Farley estaba colgado en el hueco del ascensor!* ¿Verdad que si doctor?

—¡Por supuesto; Stuart! —rió, mefistofélico, el psiquiatra—, Claro que estaba colgado. Y con un machete atravesándole la cabeza, ¿no?

Los ojos de Stuart, ahora y una vez más. se desorbitaron.

Y articuló, zozobrante, exaltado, nervioso:

—¡Usted.... usted también lo ha visto! ¿verdad, doctor?

—¡Claro que lo he visto, Stuart! Claro que sí...

# CAPITULO VII

Lo notaba, si, lo notaba.

Que estaba sudando copiosamente.

El agua que le caía por la espalda hada que la chaqueta del pijama le quedase pegada a la piel como si fuera esparadrapo.

Y por la frente, de sus arrugas, caían gruesas y pesadas gotas que al salpicar en el embozo de la sábana, hadan…

«Cloc», «doc», «doc»…

Farley Bates también sudaba, si.

Porque tenía que hacer un enorme, un tremendo esfuerzo para alzar ambas manos, colgado como estaba del eje central de la polca del ascensor, y cerrar los dedos de ambas manos en el mango del machete que le atravesaba la nuca y dejaba sobresalir el acero por la boca, distorsionando las mandíbulas, tirando hacia atrás para librarse del incómodo metal.

Al fin lo conseguía…

¡Conseguía sacarse el machete y dejarlo caer por el hueco del ascensor!

«¡Naaaaaaaang!»

El eco. tétrico y alucinante, parecía estallar dentro de su cabeza… de la cabeza de Stuart Walden.

Farley Bates, entonces… ¿estaba vivo?

«Cloc». «cloc». «cloc»…

¿El sudor?

No.

No era el sudor…

Stuart Walden despertó bruscamente. Parpadeando con atropello. Con la sensación de que había lanzado un grito histórico,

ensordecedor, infrahumano, pero con la certeza de no haberlo escuchado.

Se tocó la frente.

«Cloc». «cloc». «cloc»...

¿Sudaba en rojo?

No.

¿Entonces...? ¿Qué era aquel pequeño estigio que se había formado en el embozo de la sábana?

No... ¡Estaba viendo visiones!

¿Visiones?

Con la yema de los dedos, nervioso, temblando perceptiblemente. palpó el reducido lago escarlata que se movía por encima del embozo...

Miró los dedos.. ¡Rojos!

Se los llevó a la cara y percibió al instante el contacto viscoso, repelente, estremecedor de la... ¡SANGRE!

Claro...

«Cloc». «cloc», «cloc»...

¡Era la sangre que había derramado Farley Bates al tirar del machete para arrancármelo!

Ahora abrió la boca hasta casi desencajar las mandíbulas y crispó, con expresión vacía y alienada, los músculos faciales.

Pero el alarido con que pretendía desahogar aquella nueva oleada de terror que azotaba su naturaleza, no llegó a los labios, tan siquiera a la garganta, donde las palabras quedaron rotas, fragmentadas.

¿Por qué...? ¿Por qué no podía gritar?

Apretó los puños con fuerza y los descargó violentamente contra las sábanas como si debajo de ellas no fuera el resto de su cuerpo el que se encontrara extendido sino el de su más encarnizado enemigo... al menos, a juzgar por la brutalidad con que hacia subir y bajar los

puños.

Después, con ojos alucinados, salientes de las órbitas, empezó a golpear la nuca contra la cabecera de la cama.

Y así estuvo hasta que el agotamiento y el cansancio parecieron, paulatinamente, ir apoderándose de su alterado engrama psíquico y de su castigado físico.

Los párpados se fueron abajo ocultando aquellos ojos de rojizo brillar.... aquellos ojos que expresaban pasajes de locura.

Pareció que al fin conciliaba el sueño.

Hasta que la voz tenue, suave, susurrante, cayó balsámica cerca de sus oídos:

—Stuart... ¡Stuart! ¿Me oyes? Soy yo. Noemi...

Otra vez entraron en juego los párpados.

—¿Noemi...? —ladeó la cabeza hacia el punto donde surgía la voz.

—Si... ¿Cómo te encuentras?

—Mal. Mira esto... —y señalaba el embozo de la sábana—. ¿Lo ves? Está manchado de sangre.

—¿Sangre? ¿Dónde?

—¡Es la sangre de Farley Bates! —gritó, vivamente, incorporándose de súbito.

Noemi le puso la palma de su diestra en la boca.

—Por favor. Stuart. Cálmate. Has tenido una pesadilla... No hay sangre en ningún lado.

Muy abiertos los ojos consiguió bajarlos hasta el lugar donde... donde no había más color que la blancura impoluta de la sábana.

La mano de Noemi, apretándose fuerte contra los labios de Stuart, impidió que ahora el grito fuese audible.

—Stuart, tranquilo. No ocurre nada. He venido para llevarte a un lugar donde podremos contactar con él...

—¿El?

—Con tu padre. ¡Tiene muchas cosas que decirte!

—¿Dónde...? ¿Dónde está?

—Yo te llevaré. Pero, por favor, no hagas ruido ni grites. Voy a retirar la mano, ¿de acuerdo?

Cabeceó afirmativo.

—Bien —dijo ella—. Vístete con rapidez. La enfermera de guardia está en la cafetería pero no tardará en regresar. ¡Vamos. Stuart!

Salló de la cama, sin pronunciar una silaba, vistiéndose con premura.

—¿Adónde vamos, Noemi?

—Primero hay que cruzar el riachuelo para acercarnos al punto donde la autopista cruza el Paraíso. Allí tengo un coche... con él llegaremos junto a tu padre.

—¿Estás segura?

—¡Por completo! lo atrapó por la muñeca—, ¡Anda, salgamos de aquí!

* * *

Los rayos de la luna rielaban en las quietas aguas y las claros resultaban casi deslumbrantes en contraste con las sombrías profundidades de los cipreses.

Algunos pájaros nocturnos graznaban en las copas de los árboles.

La noche aún no había entrado con la totalidad de sus negruras pero la penumbra ya era intensa, tupida... Stuart, sentado en la popa, manejando el canaleto con cierta maestría, introdujo la embarcación entre dos troncos y la hizo avanzar de acuerdo con las indicaciones de Noemi.

¿Qué aventura iba a vivir ahora?

¿Qué nuevo fragmento alucinante le esperaba en aquel mundo de

locura en el que se había internado vertiginosamente?

El entorno romántico, casi nostálgico, de la vegetación y los árboles rindiendo tributo a las aguas del riachuelo, le recordó por unos instantes, quizá como ironía macabra, que estaba en un Paraíso.

El paisaje, desde luego, era paradisiaco. Pero realmente, aquello era una dimensión vertiginosa de aberrante locura.

Los ojos de Stuart, que seguían teniendo reflejos estrábicos, alienados, se posaron con sentimentales ribetes de antaño. con la mirada que fuera suya cuando él pertenecía a otro mundo, en los magallones de hojas en forma de abanico cubiertos de flores amarillas, en las interminables hileras de cipreses que parecían un marcial regimiento de soldados con el agua hasta las rodillas y la copa en las nubes…

Se atrevió a pensar, en un fugaz escorzo lúcido, que la vida podía ser bonita.

Con una mujer como Noemi y en un lugar ideal como aquél… Un rincón nostálgico perdido en algún confín del mundo.

—¡Aquí es, Stuart! —exclamó ella—. ¡Mira el pequeño embarcadero que hay a tu derecha!

Nada dijo y se limitó a conducir la proa de la pequeña embarcación al punto señalado por Noemi.

Instantes después saltaban a tierra. Ella cogió una mano de Stuart y empezó a caminar por entre la tupida y sombría vegetación. La noche, más negra que nunca, avanzaba hacía el clímax de sus tinieblas.

Como diez minutos más tarde, por un sendero que se empinaba desde lo más recóndito del bosque, hacia arriba del montículo, salvaron éste y se encontraron, casi de bruces, con el arcén de la autopista.

—¿Es aquí? —habló, al fin, Stuart.

—No. Mira… —extendió Noemi la mano hacia un vecino núcleo de abedules, diciendo—: Detrás de los arbustos hay un claro y en él tengo escondido el coche. Las llaves están puestas, tácalo hasta la autopista y ponlo dirección norte. Te espero allí…

Sin presentar la menor objeción fue adonde la preciosa y deseable

morena le había indicado.

Vio el claro con .sólo salvar el núcleo que formaban los gruesos troncos de los abedules. Allí estaba el coche...

Un coche sobre el que los rayos chispeantes de la luna caían con fuerza, con intensidad.

Como si lo hicieran expresamente... Expresamente para que él, Stuart Walden. se percatara a las primeras de cambio que aquel coche era...

Biplaza, metalizado en rojo, marca Metkus-RS-1000 y con la misma matricula que aquel que debía haberse destrozado en el accidente mortal de su padre

Era el coche de su padre. Era el coche de Richard Walden... sin lugar a dudas.

Stuart se crispó al tiempo que todos los músculos de su cuerpo se ponían en tensión y los nervios le brincaban como si tuviesen vida propia.

Estaba deseando hacer una locura definitiva. Subir al auto, enfilar la autopista... *e irse en busca de su padre.*

Su padre...

Le asaltó, de pronto, una duda: ¿ESTABA, SU PADRE, REALMENTE MUERTO?

El lo había visto. En el cementerio, en el armario...

También había visto a Farley muerto, colgado del ascensor, con un machete atravesándole la cara... y no sabía con certeza si estaba vivo o muerto.

Lo que si entendió Stuart era que su razón estaba totalmente confundida y su cerebro perdiéndose a cada instante, más y más. en los abismos de la alucinación.

—Si Noemi consigue hablar con papá...

Junto al coche creyó ver la imagen recia, fuerte, brutal casi, del ex policía Kent Hayes. Diciéndole:

«¡Debes reaccionar... ahora! Piensa que estás cuerdo y obra frente a

esta situación como lo haría un ser normal.»

Stuart pegó un manotazo por delante de sus ojos como queriendo borrar la fugaz aparición.

—¡Bah...!

Subió al auto, lo puso en marcha y lo condujo al punto que Noemi le indicara.

La vio. de espaldas en mitad de la autopista, obligándole a pisar el freno antes de lo previsto.

—¡Noemi...!

El viento hacía elevar los cabellos de la hembra como si fuesen delgadas y relucientes cometas. Ella, seguía sin volverse, como si no hubiese escuchado la exclamación.

Stuart saltó a tierra.

—¡Noemi...!

Las hebras sedosas del cabello seguían yéndose hacia lo alto y al mirarlas con mayor atención. Stuart se apercibió de que... *eran unas hebras totalmente rojizas.*

—¡Nooooo! —articuló, queriendo gritar pero sin conseguirlo.

La mujer, ahora, comenzó un lento giro. Un giro que al muchacho se le antojó interminable... como si se produjera a lo largo de siglos, de muchos siglos.

Hola. Stuart! Tu padre...

Era Katharine Newman, si.

—...vendrá en seguida. Ha ido al río a lavarse la cara, porque la tenía llena de sangre.

Stuart alzó ambas manos para enroscar los dedos alrededor de su cuello.

—¿Quieres... quieres venir con nosotros, Stuart? ¿Quieres integrarte en nuestro mundo?

Empezaba a apretar la garganta cuando aflojó la presión, abriendo

los labios para exclamar:

—¡SI...! ¡QUIERO IR!

—Lo celebro, hijo mío... —habló una voz a su espalda. Añadiendo—: Allí, podremos comunicarnos definitivamente. Para siempre. Vuélvete, hijo, vuélvete. „No quieres verme?

Dio la vuelta en redondo.

—¡Papá...! No te has lavado bien la cara. ¡Todavía tienes sangre!

—No te preocupes, hijo mío. Pronto tu rostro estará también empapado de ella. Como el embozo de la sábana, ¿recuerdas?

—¡Aquélla era la sangre de Farley Bates!

—Sube al coche —anunció Richard Walden, mostrando a la luz de la luna un recorte espectral de su faz tumefacta y ensangrentada—, Stuart. Y corre a mi encuentro, ¿entiendes? Si sales al vacío por la primera curva... *podremos encontrarnnos para siempre, podremos hablar sin necesidad de nadie que entienda la dialéctica de las muertos... ¿lo harás, hijo?*

—¡Si, si, claro!

—¡Corre, Stuart, corre! —exclamó, entonces, Katharine Newman—, ¡CORRE HASTA QUE EL MUNDO QUEDE DETRAS TUYO

Stuart, como en estado de hipnosis, se dirigió nuevamente al coche.

Y entonces, justo en el instante que los dedos del muchacho se disponían a accionar la manecilla de la portezuela, restalló el disparo.

Haciendo añicos y esparciéndolos por doquier, el silencio de la noche.

Como el restallar de un bazooka.

El eco letal del violento estampido hizo agitar el viento que corrió a ulular entre las copas de los árboles.

Richard Walden recibió el impacto tremendo, demoledor, en mitad de su frente sangrienta... y arrancado del suelo por el violento trallazo se elevó en el aire cual si fuese de trapo, abrió los brazos, se estremeció...

El bazooka puso otra nota de fragor en el enrarecido ambiente.

Y los tragicómicos estremecimientos que el cuerpo de Richard Walden... el cuerpo de un muerto, trazaba en el aire, quedaron bruscamente rotos al encajar la andanada demoledora del segundo proyectil que lo estampó de espaldas, con estremecedor impacto, contra la cinta encharolada de la autopista donde quedó definitivamente inmóvil.

Stuart, horrorizado, succionado por entero en la vorágine del paroxismo, no se atrevía a dar crédito a la nueva alucinación.

¿TERAPIA DE SHOCK?

¿Era aquello... LA TERAPIA DE SHOCK?

—¡NOOOOOOOOOOO! —gritaba la mujer—. ¡NO AGUANTO MAS! ¡ME VOY A VOLVER LOCA!

Y se estaba arrancando la peluca, quitando las lentillas, dando tirones a la mascarilla que ocultaba su verdadera faz... el rostro de Noemi Keyston.

—¡Noemi. Noemi...! —exclamó Stuart, boba la expresión, mirando con fijeza a la que segundos antes era Katharine Newman.

Por eso no captó, al momento, la silueta que había surgido por entre los arbustos que se alzaban junto al arcén de la autopista y que corría, con un potente rifle a cuestas, en dirección al cuerpo de Richard Walden. Al llegar junto a éste, se revolvió, gritando:

—¿Stuart...! ¡Stuart, ven aquí!

El muchacho le reconoció al punto: era Kent Hayes.

Corrió hacia el lugar.

—¿Quieres tú mismo, muchacho, limpiar la cara de este farsante? —le dijo el ex policía cuando lo tuvo a su lado.

Stuart, movido por una entereza que parecía vivificar de nuevo todas sus células cerebrales, hizo lo que el otro le indicaba.

—¡No es mi padre, Kent!

—Claro que no lo es, muchacho. ¿Te convences ahora de que los muertos no vuelven, ni hablan... ni hay tampoco humanos que

entiendan su dialéctica?

Sólo dijo:

—Gracias. Kent. Te debo algo más que la vida.

Y entonces Noemi cayó entre sus brazos gritando y sollozando, diciendo muchas cosas atropelladas de entre las que sólo se le entendía:

—¡Perdona, perdóname, Swan! ¡Perdóname, te lo suplico! ¡Por Dios, ten piedad de mi!

Y cayó de rodillas sin cesar en sus lamentos y súplicas. La efusión de la hermosa mujer era espontánea y Stuart, que creía haber vuelto a la vida, creyó entender qué el arrepentimiento de Noemi… porque ella se estaba arrepintiendo de muchas cosas, era sincero.

Hayes intervino para preguntar a la chica, al tiempo que señalaba al muerto, desmaquillado y descaracterizado:

—¿Quién era, muchacha?

Entre hipos y sollozos, respondió:

—Don Rigsby… Un actor de tercera fila, como yo, que se había pasado media vida en Hollywood suplicando un papel que le sirviera para demostrar sus aptitudes.

—¿Quién os contrató, Noemi? —preguntó, ahora. Stuart.

Ella, ya en pie. se apretó contra el muchacho.

—A él, no lo sé… ¡lo juro! A mi, el doctor Price. Llevo un año aquí interviniendo en escenas truculentas de esa maldita TERAPIA DE SHOCK… Hasta hace poco tiempo no descubrí la verdad, la auténtica pretensión de ese tratamiento, la real finalidad de volver completamente locos a los enfermos. Price, a espaldas de Baltacha que se pasa la mayor parte del tiempo fuera de aquí, está amasando una fortuna considerable haciéndoles el juego a los familiares de los internados. Unos mueren, otros enloquecen de por vida, algunos quedan recluidos temporalmente merced a certificados falsos extendidos por Price, mientras quienes les han internado aquí obtienen sus propósitos… ¡Juro que estoy arrepentida. Stuart! Además, hasta hoy, de manera directa, no he sido responsable del enajenamiento total de ningún paciente. Sólo me había limitado a

alguna que otra caracterización...

—¡Ya basta, Noemi! —exclamó, interrumpiéndola, el ex policía—. Tiempo tendrás de justificarte ame Stuart, si tanto interés tienes en ello. Ahora., —metió la mano entre cinto y pantalón extrayendo un colosal revólver Magnum, seis pulga- das. calibre 3.57 mm que le entregó a Stuart, matizando—: Te hará falta, muchacho. Esto y este... —palmeó el rifle que sostenía entre sus manos—, me los trajo, desmontados, el único amigo que siguió creyendo en nú después de los hechos que dieron con mis huesos en este manicomio. ¡Tenéis que largaros, pareja! Yo os cubriré la retirada...

—¡Tú te vienes con nosotros. Kent! —exclamó Stuart.

—No es posible, muchacho. Esa gente no tardarán en aparecer... ¿O te crees que has llegado hasta aquí. sólo, por tu cara bonita? Necesitáis de alguien que os guarde la espalda y ése soy yo. Me sentiré feliz con saber que habéis vuelto a la libertad, a la cordura...

—¡Quietos donde estáis! —tralló, con matiz ominoso, una voz bronca que surgía del linde del arcén con la arboleda.

—¡Ahí los tenemos! —gritó el ex policía—. ¡Corred al otro lado! ¡Yo les detendré! ¡Rápido!

Noemi tiró de Stuart.

—¡Vamos! El... tiene razón.

Aparecieron tres guardianes del Paraíso, al borde del charol, empuñando sendos fusiles.

—¡Corred, por Dios, corred! —se desgañitó Hayes, al tiempo que se lanzaba al suelo adoptando posición de disparo.

Los mercenarios de Gunter Price intuyeron tarde d peligro que significaba Kent Hayes con aquel rifle de largo alcance y mira telescópica entre las manos... Cuando restalló el primer disparo uno de los tipos de la bata blanca se fue contra el arbusto más cercano, abrió los brazos como aspas de molino, dejó caer el arma y terminó resbalando pegado al tronco hasta quedar apelotonado en la hierba totalmente muerto.

Los otros dos respondieron al fuego.

Hayes se alzó de repente, corriendo en zigzag y dándole al gatillo.

El tercer proyectil surgido del rifle astilló la cabeza de uno de los pistoleros enviándole en un abrir y cerrar de ojos al mundo de las definitivas tinieblas.

Pero se mantuvo inmóvil unos segundos, fue blanco visible por más tiempo del que debía, y el último de los asesinos profesionales logró meterle un plomo en el pecho que envió al ex policía como diez metros atrás, braceando, perdiendo su rifle letal, buscando la muerte casi con afán... Y la halló en el subsiguiente proyectil que cruzando limpiamente su gar- ganta le lanzó nías adelante todavía, dando tumbos y trompicones, hasta derribarle de bruces, muy quieto, sobre el asfalto.

Stuart detuvo entonces su huida y quiso volver atrás.

Junto a Kent Hayes.

—¡Stuart...! —gritó ella—, ¿Qué haces! —¡Puede estar herido!

—Está muerto... ¡muerto! No puedes hacer nada por él. O quizá si, si empiezas de una vez a reaccionar. Hayes ha dado MI vida por ti, por tu libertad. ¿Piensas pagarle dejando que te atrapen y te vuelvan loco para siempre?

—Tienes razón... —golpeó la culata del Magnum—. ¡Escondámonos!

—¡Hay que salir de aquí! —se desesperó la bella morena.

Una risa extraña, glacial, estremecedora, floreció en los labios de Stuart Walden

—¿Sin despedirnos del doctor Price, pequeña? ¡Tú estás loca!

Noemi lanzó un ahogado suspiro.

—Está bien Imagino que mi penitencia, por lo mucho o poco que haya hecho, debo purgarla aqui.

—No, muñeca. Cumplirás tu penitencia en el mundo de los cuerdos. Pero en este otro mundo, en este Paraíso del shock, tenemos que hacer una cierta justicia. Me han querido volver loco. si. Y no voy a perdonar ahora.

Los ojos de Noemi se empañaron.

—¿Tampoco a mi, Stuart?

—Tu caso, muñeca, lo estudiaré al final. Cuando haya salido definitivamente de esta telaraña de locura.

# CAPITULO VIII

Estaba en su despacho, hablando por teléfono.

Como muy agitado y nervioso.

Expresándose en estos términos:

—¡No se pueden escapar. Bruno! ¿Está claro?

—...

—A la chica la matáis si se tercia, sí. Pero a Stuart Walden lo quiero vivo... ¡VIVO! ¿Cómo?

—...

—Exacto, si. Reúne a todos los hombres y forma dos grupos para cribar ambos lados de la autopista. La guardia de entrada que peine el sector norte. ¡Quiero resultados y pronto! ¿De acuerdo?

Y sin esperar respuesta del tal Bruno que se encontraba al otro extremo del hilo, colgó. Sacando a renglón seguido un pañuelo de listas azules con el que restregó su frente pergaminosa para limpiarla de sudor.

—Lo siento, doctor Price —dijo una voz femenina, sobresaltándole.

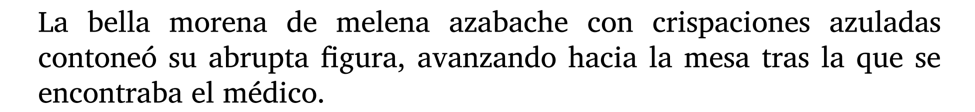
Alzó la cabeza y pegó un respingo al reconocer a la muchacha.

—¡Noemi...! ¡Pero...! ¿Cómo...? ¿Qué haces aqui?

—Quería hacerle un favor pero me acabo de arrepentir. ¿No ha dicho usted que podían matarme si se terciaba?

Volvió a restregarse la frente con el pañuelo como si quisiera sacarle brillo a la piel.

—Esto... ¡verás! Perdóname. Estoy muy nervioso y no sé lo que... ¿Has hablado de un favor?



La bella morena de melena azabache con crispaciones azuladas contoneó su abrupta figura, avanzando hacia la mesa tras la que se encontraba el médico.

—Quería serle fiel, doctor Price.

—¿Me estás hablando de Stuart, pequeña! —¿Cómo lo ha adivinado? —inquirió a su vez, con soma.

—Bueno... —Price se puso en pie—. ¿Crees que ese servicio vale mil dólares extra?

—Cinco, galeno. Cinco mil...

—¡Es mucho dinero, Noemi! ¿No crees?

—No. ¿Dónde están?

Gunter Price abrió el cajón central de su escritorio, hundió la diestra y sacó... un revólver Cok, calibre 38, con el que fría y ominosamente encartonó a Noemi.

—¡Se acabó el juego, estúpida! ¿Dónde está Stuart?

A la espalda del psiquiatra se escuchó el fragor de cristales rotos. Los de una ventana posiblemente.

Cuando quiso reaccionar ya le habían atizado un «viaje» en la espalda que llevó su raquítica anatomía contra la mesa, con violento y apagado impacto, arrancando de sus labios incoloros un grito de dolor y haciéndole perder el arma que, tras tintinear sobre el vidrio de la mesa se fue al suelo donde Noemi la recogió con presteza.

—¿Quiere que hagamos TERAPIA DE SHOCK, galeno? —inquirió la voz cáustica de Stuart, desde atrás.

—¡Po... po...demos hablar, Walden!

—¿De veras? A ver, ¡vuélvase!

Lo hizo con grandes dosis de miedo.

Y cuando sus ojos saltones se tropezaban con la figura del muchacho, la culata del Magnum que él empuñaba se estrelló demoledora mente contra la boca de Price naciéndole escupir sangre y un diente.

Sin piedad. Stuart Walden le clavó la rodilla derecha en los genitales

y cuando se encogía a causa del brutal impacto, le cazó la jeta con un trallazo de zurda que alzó al esquelético Price por encima de la mesa derribándole al otro lado entre gemidos y estertores.

—¿Se encuentra bien, doctor? —ironizó Noemi.

El muchacho había ido tras el médico y se inclinaba, amenazador de nuevo, masticando:

—Te voy a triturar, hijo de mala madre.

Reunió fuerza y aliento para gritar:

—¡NO...! ¡POR FAVOR, NO!

Y apartó la mano de los testículos poniéndolas delante de la cara a modo de infantil protección.

La culata del Magnum se agigantó frente a los saltarines y ahora aterrados ojos de Gunter Price, amenazando con descender, veloz y demoledora.

—¡Soy cobarde, Stuart! ¡Muy cobarde! ¡Le diré lo que quiere saber pero no me golpee más!

—¿Quién le paga por darme TERAPIA DE SHOCK, cerdo?

—No... ¡no lo sé!

El culatazo fue épico y Price echó sanare a raudales por nariz y boca. Con el líquido escarlata surgieron, atropelladas, estas palabras:

—¡Fue... fue Mary Anne quien se puso en contacto conmigo telefónicamente! Su ama de llaves, ¿no? Me dijo... me dijo que estaba autorizada a ofrecerme una cantidad.... —se limpió la sanare como pudo—, para que usted no saliera jamás del Paraíso. Tenía que volverle loco... Me dijo también que ella se ocuparía de forzar las circunstancias para que la familia se pusiese en contacto con mico de un modo oficial y siempre ignorando la verdadera finalidad de lo que yo... de lo que tenía que hacer con usted...

—Qué me dice de la jugadita del ascensor, ¿eh?

Siguió quitándose la sangre que cubría sus labios y entre gemidos y convulsiones, articuló:

—Sabía... ¡sabía que iba a venir el tal Farley Bates! Mary Anne me

advirtió de ello dándome una detallada descripción física de él. Dada su confusión psíquica en aquel momento, aunque el muñeco que mandé confeccionar no se pareciese exactamente a Bates, usted lo aceptaría como tal.

—¿Quién contrató al actor Don Rigsby, Price? —siguió interrogando el muchacho.

—Supongo... ¡supongo que la misma persona que paga a Mary Anne:

La culata se fue atrás c hizo amago de bajar otra vez.

—¡Nooo! ¡Le juro que es la verdad! Ella... Mary Anne, me dijo que Rigsby vendría aquí. Que ya había encarnado con éxito, anteriormente, el papel de Richard Walden... de *su padre.* Eso es todo, ¡le juro que es todo lo que sé!

—¿Debo creerle, Noemi?

Afirmó la morena.

—Si. Creo que dice la verdad. Stuart.

Walden cogió al psiquiatra como si fuera un saco de patatas alzándole de tierra por el pescuezo y lo zarandeó en el aire al tiempo que decía:

Ahora, doctor, DOS lo vamos a llevar con nosotros. Usted va de rehén, ¿entiende? Nos montaremos en su coche, porque usted, con lo que gana enloqueciendo al personal, debe tener un precioso coche, ¿verdad?

—¡Si...! ¡Si! ¡Lo tengo!

—¿Ves, Noemi? —inquirió, en su línea cáustica. Walden—. ¿No eras tú quien había dicho que Price se negaría a colaborar? Pues te has equivocado. Porque el loquero está loco por colaborar... ¿verdad, loquero?

—¡De veras que sí! ¡Si...!

—Bien. Price, bien. Pues nos largaremos de este manicomio en su coche. ¡Ah!, y si alguno de sus pistoleros tiene la estúpida idea de interponerse, lo primero que haré... lo primero que liaré con este Magnum será levantarle la tapa de los sesos a usted para ver dónde

tiene el depósito de la mala leche. Dígame ahora que lo ha entendido bien...

—Lo he entendido bien.

Le dio un rodillazo en el flanco derecho tal y como lo tenía colgado del pescuezo.

—¡Aaaaag!

—..Seguro, loquero?

—¡Sí., por Dios! ¡Seguro!

—¿Y qué haremos luego con él, Stuart?

—¡Hum...! —fingió que meditaba, disparándose—: Se lo dejaremos como *souvenir* al sheriff de Escondido después de explicarle, así por encima, lo que ocurre en este... Paraíso.

Como el psiquiatra, tal como se encontraba, no podía verla. Noemi, guiñando un ojo a Stuart, apuntó:

—¿Por qué no lo matamos?

—¡Noooooo!

—Puede que tengas razón, pequeña. Pero... —se pellizcó la barbilla —, ¿hacemos un trato, loquero?

Se movió como un muñeco de trapo.

—Si, sí...! ¡SI!

—Le ofrezco su vida y cambio de una declaración jurada, por escrito, de su puño y letra, redactando la historia del Paraíso. ¿Hace?

—¡De acuerdo, si... de acuerdo!

—¿Has visto. Noemi? Te has vuelto a equivocar otra vez con Price. ¡Si está loco por colaborar con nosotros! ¿Es que no te das cuenta?

—Es cuestión de largarnos, ¿no crees? —rompió Noemi aquella satisfacción moral que empezaba a tomarse Stuart en su regreso a la «vida», en su vuelta al verdadero mundo... aquella pequeña venganza que trataba de cobrarse a un precio casi infantil.

—Si, tienes razón. He perdido un tanto la noción del tiempo y de la realidad —zarandeó con violencia al médico—. ¡Andando, Price!

Salieron del despacho Stuart caminaba con el cañón del Magnum materialmente empotrado en la sien derecha del psiquiatra.

## CAPITULO IX

La mujer penetró en aquella espectacular cocina que no la mejoraban en Hollywood ni con cinemascope, tarareando una caucionada muy del momento. Una de las últimas composiciones de Paul McCartney.

Una mano se estrelló en su rostro, como surgiendo de no se sabía dónde, estrellándola con violencia y sonoridad contra la puerta del frigorífico. El mango de éste se incrustó en el inicio de su columna vertebral arrancándole un agudo grito de dolor.

Pero el daño físico se esfumó como por ensalmo, lo mismo que si un hábil prestidigitador se le hubiese llevado al fon de de su mágico sombrero junto al conejito y las palomas… se esfumó, si, para dejar paso al vivo terror que acababa de producirle y que se expresaba en el distanciamiento de sus órbitas, el reconoce a la persona que le había golpeado.

—¡Stu… Stuart! ¿Cómo estás…?

—Estoy aquí, mi linda calentona, porque no podía pasar más tiempo sin verte, ¿comprendes?

—Tienes… tienes algo extraño en los… ojos.

La boca de Stuart Walden le mostró al ama de llaves una sonrisa helada, siniestra, preñada de horribles presagios.

—Odio, rabia, indignación, deseo de venganza… Es la mezcla extraña que ves en mis ojos. Mary Anne. Y no creo que te extrañe demasiado, ¿verdad?

Los pechos de la mujer, agitados al compás de una respiración fatigosa a causa del poco aire que llegaba a sus pulmones, subían y bajaban desacompasadamente, y en sus idas, amenazaban con hacer añicos el escote y caer afuera, pero marchitos, mustios, sin la tibieza y vitalidad que siempre habían tenido.

—Por mucho que te explicase, no lo entenderías. Stuart. He sido tan

victima de las circunstancias... ¡como tú!

El muchacho dio rienda suelta a una hilaridad que sonaba falsa y forzada. A una sucesión de carcajadas estentóreas, casi ofensivas y brutales, que podían tomarse por la risa de un loco.

—¿De veras? —puso freno al caudal tormentoso de carca jadas—, ¿No lo entendería? Entiendo, sin embargo, que con tus pócimas me llevaste a un mundo de pánico y locura, de sueños crueles y estremecedores, provocando en mi cerebro toda clase de aberrantes alucinaciones... ¿Tanto te pagaban, ramera?

—No era sólo el dinero, Stuart.

Walden, perdiendo un tanto la serenidad, castigó de repente el rostro de la mujer, con la misma violencia que si se hubiese tratado del de un hombre.

Entre giros sangrientos y saliva viscosa, Mary Anne sollozó profundamente.

El, sin piedad, porque no la sentía, porque no la tenía y porque era tremendamente humano que no la sintiese ni tuviera, inquirió, amenazador:

—¿Quién, Mary Anne? ¿QUIEN?

Se miró la palma de la mano que acababa de retirar de la boca, teñida de sangre, y musitó:

—No... ¡no me creerás, Stuart!

—Déjalo, Mary Anne —anunció una voz que procedía del otro extremo de la espectacular cocina—. Yo se lo diré.

Stuart Walden creyó que se había vuelto loco de nuevo. Porque había reconocido la voz. Y como instantes antes le dijera Mary Anne, aun reconociendo aquel registro... ¡no podía creérselo!

Giró la cabeza, muy despacio, creyendo enfrentarse otra vez a una nueva y definitiva alucinación. Sus labios, levemente trémulos, confeccionaron:

—Tú... no. No puedes ser tú... Sheila. ¿Por qué tu precisamente7

—¡Porque te odio como lo odiaba a él!

No estaba sola.

Pero a Stuart no parecía afectarte la presencia del hombre que estaba junto a su hermana. Codo a codo con ella, ahora, como lo había estado desde el principio en aquella aventura diabólica que pretendía la total demencia de él.

No.

A Stuart no le importaba... *que Farley Bates fuese un canalla.* Pero ella, pero...

—¡Sheila! —repitió, confundido aún—. ¿Tanto me odias?

La cara de la hembra, de rasgos sensuales y labios eróticos, estaba crispada en una mueca despectiva y letal.

—¿Oyes la pregunta, Farley?

—Tu padre tuvo un trato discriminatorio con ella, Stuart —intervino Bates—, No vas a decirme que lo ignoras, ¿verdad?

—¡Calla, hijo de perra! —aulló Stuart, reaccionando; al fin y ensayando un ademán que Sheila, moviendo la pavonada automática que empuñaba, cortó de raíz, exclamando:

—¡Quieto, Stuart, quieto! Pretendía apartarte del mundo de la lógica... y no me has dejado otra opción que matarte. Pero no precipites los hechos todavía. Tengo que decirte algo. ¡Mary Anne!

—¿Si...?

—¡Quítale el arma que lleva!

Lo hizo, apoderándose del Magnum seis pulgadas, calibre 3.57 mm.

El muchacho, resignándose a aceptar definitivamente la realidad, la cruel realidad que se imponía, dijo:

—Tú si que estás completamente loca, Sheila.

Ella largó unas carcajadas como lo hiciera antes el propio Stuart.

—¿De veras lo crees? ¿Y pensabas igual cuando *él*... —matizó significativamente el pronombre, refiriéndose a su padre— volcaba en ti toda su generosidad, te nombraba gerente de la Electrotecnical, te otorgaba premisas y poderes... mientras a mi me ofrecía el lado

avariento controlándome hasta el último dólar que gastaba? ¿Pensabas entonces lo mismo. Stuart?

—¿Crees que eso justifica la cantidad de aberraciones que has cometido, Sheila? —inquirió el muchacho a su vez. Y de súbito, como si una luz hubiera brillado en su mente, inundándola de diáfana claridad, quiso saber—: ¿De veras fue un accidente la muerte de papá?

—Pregúntaselo a Farley... —ensayó una sonrisa demoníaca—, ¿Hiciste algo en el tubo de frenos del Melkus-RS-1000 que tan obsesionado ha tenido a mi hermanito?

—Algo... —masculló Farley. Agregando, funestamente irónico, sintiéndose muy superior a Stuart—: Como algo hice en los talones que Don Rigsby, convenientemente caracterizado, se encargó de cobrar.

Stuart Walden iba comprendiendo a marchas forzadas.

—Drogas, ¿verdad?

—Nos pinchamos un poquito, sí —reconoció ella, ampliando aquel ensayo diabólico que comprimía su rostro—. ero con materia selecta, ¿entiendes? Y tenemos un fuera borda, y un precioso apartamento privado, y un chalet, y un magnifico Mercedes Benz... ¡Vivimos, Stuart, vivimos! Si él no me hubiese oprimido tanto, quizá...

—¿Por qué le matasteis, por qué, malditos?

Fue Bates quien respondió:

—Tu padre empezó a ver cosas extrañas y aunque yo había hablado con el estúpido de tu tío Rodney haciéndole suponer que las relaciones de Richard con Katharine tenían incidencia en el efectivo de la empresa... temí que tu padre acabase descubriendo la verdad Aprovechamos uno de sus frecuentes y privados viajes con ella para... para provocar el accidente. El resto, era más fácil sin él. Sólo teníamos que apartarte a ti para que no husmeases en el desfalco de los dieciocho millones que íbamos a atribuirle a Richard... Yo, personalmente, pensé en otro accidente, ¿sabes? Pero tu hermana, que es más sagaz para estas cosas me dijo que no..., argumentó que otra muerte podía despertar demasiadas sospechas. Pero podías volverte loco. Ella había leído el anuncio del Psyquiatric Center Baltacha-Fundation y supo pronto de qué pie cojeaba Gunter Price. De todas formas y como ya sabes, Sheila, con la inestimable ayuda de

Mary Anne y Don Rigsby, inició su particular TERAPIA DE SHOCK...

—Y ahora, ¿qué? —le cortó Stuart. Añadiendo—: Mi muerte os va a traer problemas, muchos problemas. Si después de haberla estudiado desestimasteis en su día la posibilidad de eliminarme... ¿Ahora qué?

—Ahora. Stuart, como estás loco, ¡completamente loco!, y te has escapado del Paraíso...

—Dejando a Gunter Price con el sheriff de Escondido ante el que ha firmado una extensa declaración en la que, entre otras cosas, se habla de mi equilibrio psíquico... nadie dará crédito a una maniobra en la que se quiera justificar mi muerte por medio de un pretendido acceso de locura. Estáis en un callejón sin salida... ¿Por qué no renuncias. Sheila, y te sometes a una exploración psiquiátrica?

Los ojos de Sheila Walden se inundaron de matices rojos, encendidos, y soltaron chispas como debían soltarlas las calderas de Lucifer.

Con voz ronca, quebrada, en la que vibraba una entonación demoníaca, inquirió, arrastrando las palabras:

—¿Insinúas que... que estoy LOCA?

—No insinúo. Sheila. Afirmo... *que estás loca.*

—¡Maldito, maldito mil veces! ¡Te mataré!

—¡Quieta, Sheila, quieta! —la contuvo Farley Bates—. ¿No te das cuenta de que trata de alterarte? No le hagas el juego...

—¿Suelta el arma, Sheila! —exclamó una voz, femenina también, que aparecía en escena.

La voz de Noemi Keyston.

Reinaron unos segundos de confusión en los que se precipitaron los hechos con velocidad de vértigo.

Stuart saltó sobre Mary Anne arrebatándole el Magnum que ella, absurdamente, mantenía entre los dedos.

Sheila Walden dio un giro brusco apretando el gatillo de su automática.

Stuart también envió balas hacia delante... consiguiendo su

propósito de alcanzar a Sheila en un hombro corrigiendo así su línea de tiro, de manera que los proyectiles que salieron en busca de Noemi pasaran cerca de ella, muy cerca, pero sin apenas rozarla. Ella también había presionado el galillo del Colt que fuera de Gunter Price… y aunque no era una experta y tan siquiera una aficionada, la exigua distancia la llevó a un blanco perfecto, mortal.

Sheila, alcanzada en mitad de la garganta, dio un salto espectacular atrás, un giro completo sobre sí y cayó de bruces en el piso de la cocina en cinemascope.

Mary Anne lanzó un aullido al tiempo que intentaba correr hacia una de las puertas. Pero el cañón del Magnum se interpuso en su trayecto «convenciéndola» de que debía quedarse.

Farley Bates llevó ambas manos lo más cerca que pudo del techo, gritando:

—¡No disparéis… no! ¡Me entrego! ¡Lo confesaré todo, todo…! ¡Pero no disparéis!

Stuart tuvo que dominar un primer intento de inclinarse sobre el cuerpo sin vida de Sheila.

Durante mucho tiempo se repetirla aquel interrogante: ¿Loca… o diabólica?

Noemi vino hacia él.

—Todo ha terminado, Stuart.

Inclinó la cabeza como si no fuese él quien había triunfado.

—Si… eso creo.

—Yo soy una inculpada más, muchacho, la declaración de Price y mi intervención en este affaire…

—Te has arrepentido a tiempo y eso tamban cuenta. Noemi. Perdonar es divino.

—El jurado no pensará lo mismo, Stuart.

—En el gabinete jurídico de la empresa tenemos excelentes abogados. Y yo, pase lo que pase, te esperaré. Además, mi declaración en favor tuyo sea muy positiva.

—¿Sientes algo por mi, Stuart?

—¿Y tú...?

—Sonaría a falso, ahora. Como si pretendiera ganarme tu favor, tu perdón...

—Eso lo tienes... y también mi amor. Me enamoré de ti cuando estaba loco y no quiero dejar de amarte ahora que estoy cuerdo.

—¿Te apetece una terapia... «shocksexual»?

—¿Y no me volverás loco?

—De placer... puede que si.

—Antes de empezar esa terapia... —apuntó Stuart.

Y ella, adivinando el resto, cortó, añadiendo:

—La policía está en camino, amor. Me tomé la libertad de avisarla...

Laura Hagman apareció, de súbito, en la cocina. Con el rostro demudado y la expresión confusa, exclamó:

—¡Swan...! ¿Cómo tu aquí? ¡Pero...! ¿Qué ha sucedido? —Mary Anne te lo contará. Laura.

—Stuart, tú no... ¿verdad?

—No. Laura. No estoy loco.

Farley Bates y Mary Anne no sabían qué hacer ni hacia dónde mirar y tas cosas se aclararon para Laura. Stuart y Noemi sí supieron qué hacer, hacia dónde mirar y cómo ponerse.

La terapia «shocksexual» no tiene secretos.

Es como el Kama Sutra, pero con SHOCK.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO




EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España